

# GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts  
Año..... 7 —  
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —  
Año..... 9 —  
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.  
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.  
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

## SUMARIO.

### TEXTO.

*El viejo de la imprenta*, Antonio Palomero.—*La duda de la condesa*, Julio Burell.—*El amanecer en Madrid*, Joaquín Dicenta.—*De Leopardi* (poesía), Menéndez Pelayo.—*El problema religioso en España*, Ernesto Bark.—*Juanín*, Eduardo Zamacois.—*El triunfo de un cobarde*, Ramiro de Maeztu.—*Hojas caídas*, Palmiro de Lidia.—*Amorcitos* (poesía), J. J. Cárdenas.—*La regeneración de España*, Juan de la Encina.—*Los primeros*, J. Benavente.—*Brutalidades clericales*, J. Rodríguez Abarrátegui.—*Los felices del día*, Aureliano Scholl.—*Nocturno* (poesía), M. Escalante Gómez.—*Comunismo y colectivismo*, Rafael De- lorme.—*Tres albañiles heridos*, J.—*Ruperto Chapí*, J. P.—*Las quintas*, Francisco Macein.—*De Stecchetti* (dos sonetos), J. Jurado de la Parra.—*La dignidad obrera en el taller madrileño*, Rotuney.—*Rápida*, J. D.—*Cosas*.

### GRABADOS.

*El viejo de la imprenta* (retrato).—*Bajo relieve*, M. Benlliure.—*Novillero desgraciado*, Carlos Arroquin.—*El recreo*, J. Coomans.—*Ruperto Chapí* (retrato).

## LOS EXPLOTADOS.

### El viejo de la imprenta.

**E**ué una tarde, al ir á corregir cierto artículo mío, cuando descubrí en la imprenta de Fortanet á un viejecillo simpático, de mirada inteligente, reveladora de pasadas energías, el cual, á pesar de sus años, trabajaba con el entusiasmo de un muchacho... No hacía, en verdad, gran cosa, aunque su deseo valiera por muchas iniciativas; al pie de la máquina, como el artillero al pie del cañón, parecía animarla con su espíritu, ya que su esfuerzo no serviría de nada... Y la miraba cariñosamente, con el amor que los padres miran á los hijos, y el amante á la mujer amada, y el preso á su cadena y el desgraciado sus dolores; que amor hay siempre en los ojos y en el corazón para todo lo que nos acompaña y vive á nuestro lado; para los hijos y para la mujer, únicas alegrías de la tierra, como para la cadena que nos ata y para el dolor que nos asesina...

Fortanet me dió, en cuatro palabras, toda la historia de aquel hombre.

—¡Ah! ¡El viejo Pascual! ¡Qué gran persona! Trabajador, honrado, formal... Tiene cerca de 80 años y empezaría á trabajar á los 12 ó 13... En sus buenos tiempos fué un gran estampador, uno de los mejores maquinistas... Hoy... ¡Ya se ve! ¡Los años no pasan en balde!... Pero en esta casa tendrá siempre un pedazo de pan...

...Venid aquí defensores del orden social establecido, apóstoles burlescos de un régimen injusto y brutal, que nos llamáis utopistas, locos y hasta criminales, por que pedimos un poco de caridad en esta sociedad que presume de cristiana, y algo de justicia en este viejo mundo que se muestra casi satisfecho por que permite á los ciudadanos decir cuatro palabras gordas... con la venia del delegado del distrito...

...Venid aquí también, hombres adinerados, que pasáis indiferentes ante las tragedias de la miseria y del hambre, y no escucháis los lamentos de los que sufren; venid aquí y en presencia de este caso, delante de esta víctima de todos vosotros, atrevéos á decir que no es una infamia la explotación del hombre por el hombre.

Hay problemas cuya sola enunciación basta para plantearlos y cuyo sólo nombre da idea cabal de su importancia. Este problema social, que aun siguen los gobiernos llamando pavoroso, es uno de ellos... No hace falta explicar nada, ni decir nada en defensa de los indiscutibles derechos que hoy son letra muerta en los códigos fundamentales; basta con presentar un caso cualquiera, cogido al azar entre los innumerables que

la vida ofrece. ¿Dónde? En cualquier parte. En la mina, en el taller, en la fábrica, en la obra...; donde quiera que un hombre trabaja para que otro se enriquezca, allí se hallará una víctima del capitalismo y de la tiranía, con derecho á figurar en la lista de los explotados santificada por la sangre de tantas generaciones.

Fijáos en el viejo de la imprenta que hoy, sin fuerzas para el trabajo, sin aquellas energías que la edad se llevó con implacable saña, vive gracias á una generosidad que, por serlo, no puede ser invocada como argumento, y come el pan de la compasión porque de

de mañana cuando haya agotado todo su vigor... ¿Y dónde iría el pobre viejo á no encontrar una mano amiga y un generoso corazón? ¡Ah! ¡Si él hubiera sido capaz de contratar para el ejército, ó de servir á la Administración pública, ó de hacer la tertulia á cualquier ministro, qué bien le hubieran recompensado sus servicios! Pero trabajó, y esta es la mayor desgracia del presente, como fué la mayor desgracia del pasado...

A evitar que lo sea en el porvenir se dirigen hoy los esfuerzos de todos los hombres de buena voluntad... Hagamos que el amor viva sobre la tierra, que es su sitio y acabemos con la esclavitud, que lejos de huir de la historia, aparece en ella con distintos nombres, como el Dios mitológico...

¡Esta obra de amor lleva en sí misma el odio contra los que la estorban el paso? ¡Quién lo dudal... Además, Pérez Galdós lo ha dicho:

«Si no existiera la venganza, pocas veces se cumpliría la justicia.»

ANTONIO PALOMERO.

## LA DUDA DE LA CONDESA.

### I.



**L**UGAR de la escena: el *boudoir* de una alta dama. Luz de espléndida lámpara, y fuertes y rojizas llamas que arroja una ancha marmórea y bien repleta chimenea, iluminan vivamente el confortable y elegantísimo recinto.

Tiempo de la acción: las once de una noche de invierno.

Personajes: el conde y la condesa de Zújar.

Los aristocráticos cónyuges dormitan no se sabe si de sueño ó de fastidio, arrellanados en comodísimas butacas.

El conde, entreabriendo los ojos sin expresión ni brillo, y fijando la soñolienta mirada en el reloj de la chimenea, murmuró de repente con voz muy débil:

—¡Las once!

La condesa, moviéndose como un pájaro en su nido, y mostrando, velado por largas y medio caídas pestañas, el azul de sus pupilas, despliega trabajosamente los labios para decir á su vez.

—¿Las once ya?...

—Menos cinco minutos, responde el descendiente de cien Zújares; y levantándose al fin, serio, grave, digno, da algunos pasos, hiere un timbre, y á los pocos instantes penetra en el *boudoir* un criado que deja sobre el dorado velador rico servicio de té. El criado se retira ceremoniosamente como había entrado, sin despertar el menor ruido.

### II.

Pausa.

Los condes de Zújar han vuelto á dormitar. El reloj repite entre tanto monótonamente su despertador tic, tac, oyéndose de pronto uno, dos, tres, hasta once agudos y sonoros chirridos que deja escapar de su metálico seno la complicada máquina.

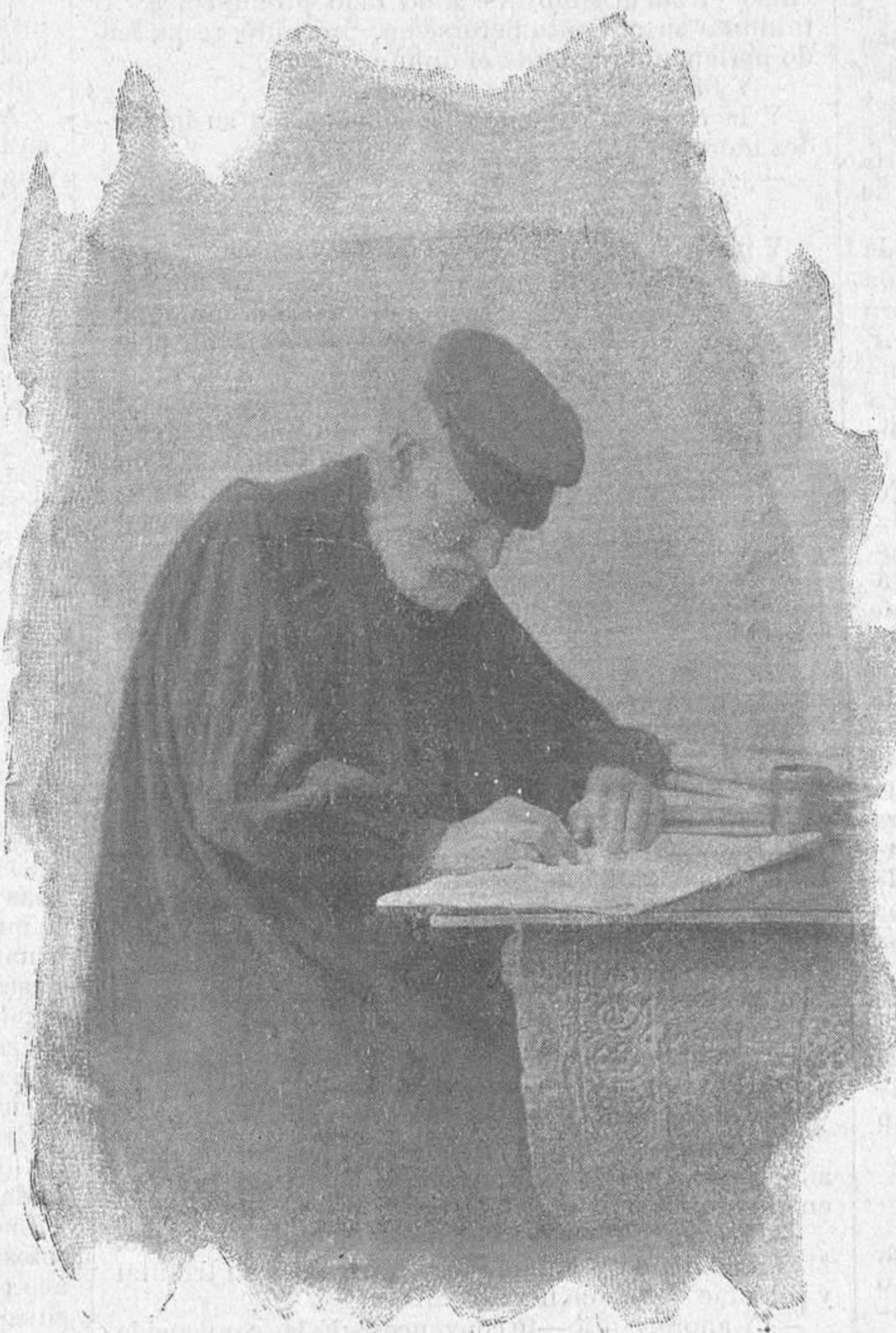
—¡Martina, Martina, dice entonces el conde! Hé aquí tu taza.

Y Martina, la condesa, incorporándose con languidez de sultana, recoge con su mano delicadísima el sonrosado búcaro que, al tocar en los labios, gana, sin duda, en aroma y en color.

Nueva pausa.

Los perfumados, distinguidos y al parecer desempeñados y aburridísimos esposos apuran en silencio el hirviente y aromático líquido...

Sólo se percibe en este espacio de tiempo algún bostezo del conde ó algún suspiro muy vago y muy



nada le sirvieron tantos años de fatiga. Yo no he hablado con él, pero me supongo lo que pensará de todas estas cosas; y aunque nada piense y nada diga contra el misterioso engranaje social, de que hablan los estadistas cursis, que le ha cogido entre sus ruedas sin ánimo de soltar la presa, tampoco hace falta. Cualquiera que le vea encorbado por el peso de los años, subiendo trabajosamente al *estribo* de la máquina, repasando el *tintero* con mano temblorosa, inclinándose sobre las *formas* su cabeza blanca..., pensará, desde luego, que ese hombre es una protesta, y le saludará con el respeto que merece por su doble aureola de viejo y desgraciado.

Tan impasible como el capital que simboliza, la máquina que le ha tenido á su lado le despide ya por inútil. De nada sirve la tenacidad del pobre viejo que ha enterrado en ella todos sus amores, y que junto á ella ha visto correr el tiempo llevándose leyes y hombres, alegrías y dolores...; la máquina necesita de brazos fuertes y vigorosos que arrojará también el día

ahogado que parte, mensajero sin norte, de la boca encantadora de la condesa.

Y acaba el té.

Uno y otro halláanse ya bien despiertos; parecen más risueños sus semblantes. En aquellos débiles y apocados organismos sopla algo como un nuevo aliento de vida. La sangre enferma y anémica; la linfa casi fría de aquellas venas se siente refrigerada y enardecida por el agua caliente de la tetera china. La mirada de la condesa brilla con extraños fulgores, más ¡oh tristeza! Sobre la mejilla tersa, aterciopelada y pálida como hoja de camelia un poco marchita, se ve resbalar lentamente una lágrima breve, transparentísima, suave.

—¡Roberto, Roberto! Exclama la joven dama prorrumpiendo en grandes sollozos y llevando á sus ojos el sutil pañuelo de encajes y batista. ¡Roberto! ¡Qué desgraciada soy! Y llora y llora, y continúa llorando, hasta que el conde, con acento cariñoso y acercándose á ella para acariciarla dulcemente, la interrumpe diciendo:

—¡Vamos, vamos, no seas niña, no quiero que llores... ¿Qué vamos á hacerle si Dios lo ha dispuesto así? Por lo demás, ya te lo he dicho, yo no tengo la culpa.

Martina se atreve á murmurar sólo una frase:

—¿Y yo?

### III.

Dos años habían corrido desde que ella y él se unieran por siempre. Riqueza, juventud, fausto, brillo social, nada faltaba al nuevo matrimonio. Avanzó el tiempo, y la monotonía y el fastidio reinaron en aquel hogar silencioso. El conde pasaba sus noches en las veladas aristocráticas del Casino; después ¿quién sabe dónde y cómo? La condesa, por su parte, habiase recogido, de tal suerte, y en fuerza de la costumbre y de cierta predisposición de su espíritu, á la soledad y al aislamiento, que al año de casada dejaron de verla los salones de su brillante juventud y sólo de tarde en tarde asistía á algún teatro modesto.

El conde era caballeroso, galante, amable; nada podía reprocharle su esposa, dado el género de vida admitido en el mundo de la Goma. Una querida y un puñado de billetes de banco perdidos al *bacarrat*, son pecados veniales que no dan derecho á una mujer aristocrática para despegar sus labios. Unase á esto como compensación, porte y tratos distinguidos, finezas exquisitas para la mujer propia, y ésta se tendrá por extraordinariamente satisfecha del marido que Dios y el mundo le hayan deparado. Lo que Martina lamentaba era otra cosa; era ver su hogar casi vacío; era no tener á su lado uno de esos diablillos de ojos azules, cabellos rubios y lengua de golondrina, que nos atolondran, nos aturden y nos embelesan. Había ella soñado con ser madre, y ¡ay! sus esperanzas se alejaban cada vez más. Por eso la veía llorar el conde á la hora del té, única en que se dignaba y le era posible acompañarla; dadas las doce, sin faltar una sola noche, se oía en la desierta calle el ruido del carruaje que lo llevaba á carrera tendida hacia el casino. Lloraba, sí, lloraba la encantadora criatura, por el placer de que disfrutara cualquiera desgraciado, cualquiera mendigo, y lamentaba su desgracia, y pensaba que un hijo sería una sonrisa de Dios en la soledad de su vida.

Roberto, el conde, no encontraba una palabra de verdadero consuelo para aquel sentimiento, para aquel dolor. Apartado casi totalmente de su esposa, nada profundo hacia ella podía sentir; sus cumplimientos, por lo corteses y bien medidos, parecían más bien los de un extraño.

### IV.

En esta última noche, sintióse más que nunca, desesperado y herido. ¿Qué responder á aquel grito de desesperación con que Martina exclamaba? ¡Roberto! ¡Roberto! ¡Qué desgraciada soy!

Nada. El había roto la vida íntima y real del matrimonio; era, ante ella, un acusado sin defensa posible.

Sin embargo, yo no tengo la culpa, dijo ya, al oír que preguntaba Martina. ¿Y yo? añadió casi indignado:

—Sí, tú la tienes... Ya es esto desesperante... ¿Crees que yo, si por tí no fuera, no vería la sucesión de mi noble estirpe asegurada? La condesa siguió llorando como una Magdalena, más calmándose un tanto, respondió:

—Expílicate:

—Sí, me explicaré. ¡Óyeme! Y siguió hablando el conde.

—Es un secreto, dijo, que pertenece á mi primera juventud, y brutal, cínicamente, en el colmo del despecho, recordó con lenta entonación cómo de varias queridas y de algunas campesinas de sus extensas posesiones de Extremadura, había repetidas veces obtenido bastarda y numerosa sucesión, añadiendo al terminar su historia con aire satisfecho: Ya ves, por tanto, de una vez para siempre, cómo tu soledad presente y la esterilidad de nuestro hogar no dependen de mí.

Oyendo semejantes confesiones, los nervios de la

condesa se agitaron con fuerza; la sangre, violentamente enrojecida, golpeó en sus sienes, y palideciendo de pronto como una muerta, desmayóse al fin.

El conde la acarició un instante, tocó de nuevo el timbre, y cuando la camarera hubo entrado, depositando un beso en la frente de su mujer, se alejó como siempre, grave, digno, ceremoniosamente.

Martina entreabrió los apenados ojos; muchas, muchas lágrimas arrojaban á las mejillas; en tanto, á lo lejos, resonaban con estruendo el galopar de los caballos y el ruido de un coche, en cuyo fondo, pensativo y entristecido, murmuraba el conde mientras se acercaba al Casino.

¡Quién sabe, quién sabe si tendré yo la culpa! ¡Así como así todo lo que le he dicho para que me deje en paz es un cuento, una mentira!

### V.

Pasó el tiempo; algunos meses transcurrieron desde la última escena. En ese tiempo, después de llorar amargamente la condesa, había vuelto á su mundo; otra vez la vieron los salones; otra vez la admiraron sus infinitos adoradores en las plateas de los grandes teatros. En aquel cerebro de paloma se agitaba una tormenta, y en aquel pecho de niña mimada y entristecida, había una espina clavada. Y la espina fué punzando más y más, y la tormenta más y más rugiendo. Una noche en su palco sonreía dulce, amablemente la condesa; á su lado hallábase enamorado, rendido, miéles vertiendo el labio un joven orador, distinguido, apuesto, gallardo. Martina oía con deleitación el discurso elocuentísimo que á su oído pronunciaba. Al terminar su ardiente peroración, preguntó, resumiendo parlamentariamente el diputado:

—Y bien, ¿ni una sola esperanza?

Y la condesa respondió solamente con su languidez moruna:

—¡Oh!...

### VI.

Y pasaron más días, y pasaron más meses.

La palidez de la señora de Zújar había desaparecido; la mirada brillaba limpia, purísima, en una pupila admirable, un cielo abreviado, como diría un poeta clásico.

Por aquellas mejillas sonrosadas, frescas, llenas de vida, parecía que había pasado toda una primavera.

La sangre hervía en aquellas venas azuladas, y una sonrisa que acababa en carcajada sonora, se desbordaba libre, dichosa, juguetona, por aquellas flores de granado de sus labios incitantes y húmedos.

El conde estaba completamente sorprendido de aquella transformación física y moral de su mujer.

—¿Qué será ello?—pensó.—¡Es raro!

Una noche á la hora del té, llegó más cariñoso que nunca, Martina no dormía. Cuando sintió á su esposo, ocultó apresuradamente una carta.

—¿Cómo sin dormir y tan animada?—preguntó sonriente y decidida el noble marido.—¡Ah! no sabes, niña mía, cuanto me regocija verte así, risueña, alegre, ¿lo ves? Nada hay en este mundo como la resignación. No faltaba más sino que toda la vida nos la hubiéramos pasado aburridos y desesperados. Y todo, ¿por qué? ¡Hum! ¡Los hijos, los hijos! ¡Buenos están los hijos!

—¡Tonto!—dijo con acento burlón la condesa.—¡Tonto! ¡Tontísimo! ¿No has comprendido la causa de mi alegría? ¿No has comprendido qué?...

El conde palideció ligeramente y con tono de ansiedad preguntó:

—¿Qué? ¿Qué? Expílicate.

Martina se levantó, y acercándose misteriosamente, adoptando aires de gran candidez, deslizó una palabra en el oído de su esposo.

—¿Es posible?—exclamó éste medio asombrado. Más reponiéndose súbitamente, dirigióse con triunfal y solemne entonación á Martina:

—¿Y ahora,—dijo—te convences? ¿Estas convencida de que no tenía yo la culpa?

—¡Oh! Indudablemente, indudablemente.—Y la condesa que así hablaba, se reía, se reía.

JULIO BURELL.

## EL AMANECER EN MADRID.

Los habitantes de Madrid han examinado lo que significa en él el amanecer. Los individuos que circulan á tales horas por las calles de la gran población no poseen tiempo hábil, ni inteligencia clara, para realizarlo. Embrutecidos unos por el alcohol, que sube desde su estómago hasta su cerebro, para fermentar en vapores que sacuden los nervios con el ansia de todas las impurezas y de todos los vicios; enervada, casi desaparecida, la inteligencia de los otros, que acuden al trabajo con la pasividad inconsciente de la bestia de carga, apenas si allá, en algún sitio, entre las vidrieras de un balcón entreabierto, se descubre la

silueta de un pensador que, asomando su cabeza pálida y febril por el hueco que dejan libre los cristales, fija sus ojos en el lucero de la mañana, que se desvanece en el horizonte, mientras en el fondo de la habitación, sobre la mesa de despacho, chisporrotea al extinguirse la luz de la lámpara que ha presidido los esfuerzos titánicos hechos en obsequio de la ciencia, del arte, de la humanidad, por aquel hombre tembloroso y rendido.

Y, sin embargo, el amanecer en Madrid es uno de los espectáculos más grandes que pueden ofrecerse á las meditaciones del hombre. No hay en él, como en las auroras campestres, gorjeos de pájaros, ni murmurios de arroyos; pero existen las palpaciones siniestras de una humanidad luchadora que se dibuja entre las tintas grises del crepúsculo.

¿Habéis visto el primer desperezo de una mujer que se despierta? Por hermosa, por inteligente que sea, resulta en aquellos instantes antiestética, estúpida: sus ojos, guiñados á causa de la viva impresión que en ellos produce la luz, miran sin ver; sobre sus pestañas, que acaso constituyen el delirio amoroso de un hombre elegante, se enroscan legañas amarillas, capaces de robar la ilusión á cualquiera; el rostro, donde la sangre llega perezosa y dormida, ostenta una palidez mate, cuando no lo salpican manchas violáceas, que el baño restaura y el afeitado disimula; sus dientes, comparados por su blancura al nácar, aparecen entonces enmohecidos por el vaho sucio que se desprende de la respiración; sus miembros se estiran con movimientos torpes y brutales; bostezo enorme abre su boca de par en par: la mujer hermosa sólo es una masa grosera hasta que el primer chispazo de su inteligencia, pasando por sus indecisas pupilas, le devuelve el movimiento y la expresión.

Algo muy parecido á esto ocurre con el amanecer en la corte. Madrid es, á esta hora, una figura colosal que se despereza.

Fijáos bien en ella, y veréis, á la melancólica luz de la mañana, cómo ofrece, entre bostezos gigantes, lo más repugnante y lo más horrible que en ella se esconde: desde la miseria que oculta de día sus andrajos entre la multitud bien trajeada que la escarnece, hasta el vicio, que se oculta también, más que por pudor, por cansancio ó por hipocresía.

Del quicio de un portal, que la noche velaba á los ojos del transeunte, brota una imagen andrajosa, vestida de remiendos, con las manos amarrotadas y sucias, el rostro ennegrecido y los cabellos en desorden; es un mendigo, que tiene por lecho una piedra y por fortuna su descaro; por la esquina de una calleja miserable se pierden dos chicuelos, macho y hembra, sin casa, sin hogar, desarrapados, insolentes, carne para la mancebía y para el presidio, que mientras les llega el momento de cubrir los puestos que les ha señalado el destino, aprenden á morir de hambre; del fondo obscuro de una taberna, que permanece cerrada de noche para la autoridad y abierta para la embriaguez, sale el ladrón borracho, mientras sale del elegante *restaurant* el alcoholizado señorito, llevando del brazo á su querida, que ríe como una loca y borbotea palabras útiles á los oficios de un carretero, cosa que no le impide mirar con dignidad despreciativa á las mercenarias del arroyo, que se alejan más que deprisa en busca de sus infames tabucos, á fin de esconder á la luz del día el basto colorette que remeda sonrojos en las sombras nocturnas y sólo es al amanecer una pasta resquebrajada y asquerosa, inhábil hasta para producir solicitudes livianas en los mozos de cuerda.

Esos son los trágicos perfiles que se distinguen entre los temblorosos fulgores del crepúsculo cuando la ciudad se despereza y abre los ojos.

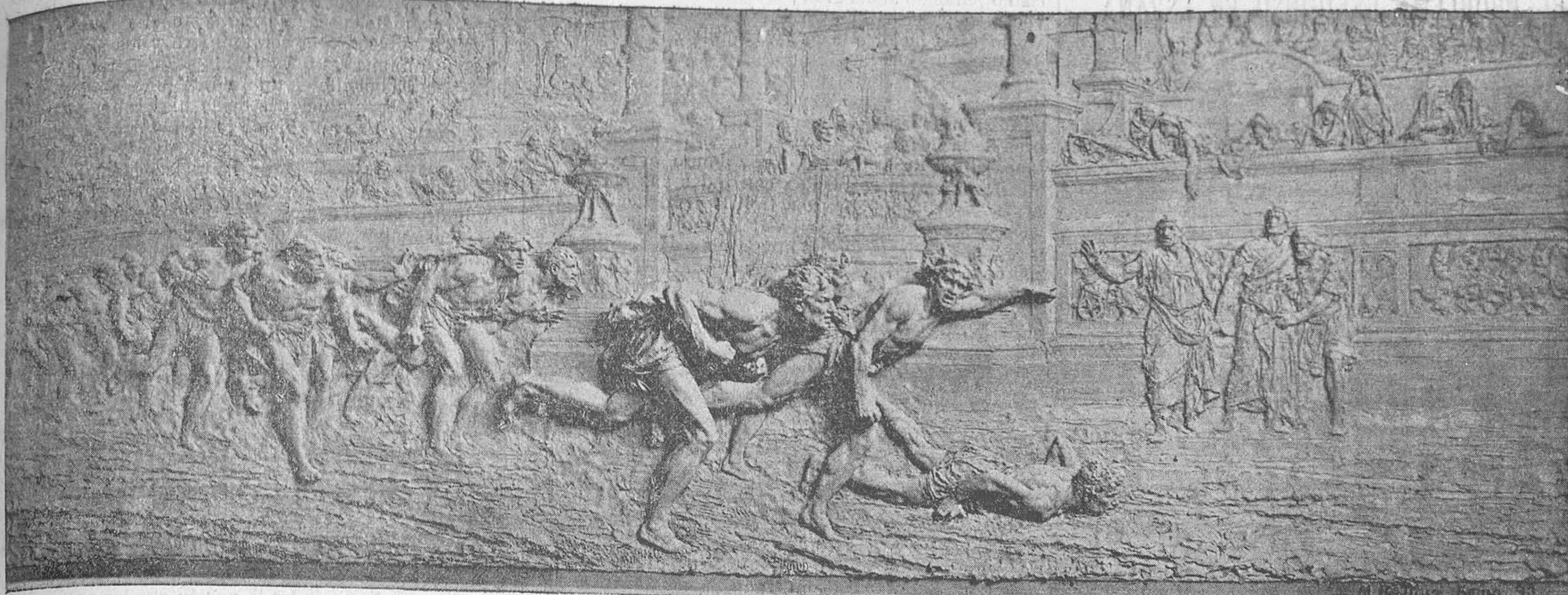
Luego, cuando los gobernantes despiertan y los filósofos de *similar* se lavan la cara y los chicos del Ateneo toman modestamente un chocolate sazonado con citas eruditas, Madrid es otra cosa. Como el baño y la ducha restauran el cuerpo humano, las mangas de riego empujan al fondo de sus guaridas á la multitud de seres horribles que se descubren al amanecer, y sólo quedan los obreros que van al trabajo; las criadas que acuden á la plaza con la mano en la cesta y el pensamiento en la sisa; los estudiantes que se encaminan á las aulas; las enamoradas parejas que marchan con rumbo al Retiro; los empleados que se dirigen á las oficinas; lo que representa vida, inteligencia, trabajo.

Madrid se ha puesto el traje de mañana. La señora ya puede recibir.

Pero no hay que verla así, que es como la ven, por regla general, gobernantes y pensadores *reputados*: no hay que verla tampoco á la caída de la tarde, cuando inunda calles y paseos vestida de lujo, ni á los comienzos de la noche; entonces es una ciudad elegante que ríe y se divierte y goza; no: para comprender las miserias que en ella se esconden, los vicios que en ella se ocultan, los males que hay que corregir, las injusticias que hay que remediar y las desventuras que hay que proteger, es necesario verla como yo la he visto muchas veces.

En camisa.

JOAQUÍN DICENTA.



BENLLIURE. — BAJO RELIEVE,

## DE LEOPARDI.

## PALINODIA.

AL MARQUÉS GINO CAPPONI.

*Errai, cándido Gino; assai gran tempo (1).*

Erré, cándido Gino, largo tiempo  
Y grandemente erré. Misera y vana  
Juzgué la vida: insulsa más que todas  
Esta presente edad. Intolerable  
Fué y pareció mi lengua á la dichosa  
Prole mortal, si es que mortal se puede  
Llamar el hombre. Entre desdén y asombro,  
Del Edén odorífero en que habita,  
Rió la alta progenie afortunada,  
Y me llamó infeliz, y de placeres  
Incapaz ó inexperto, pues mi hado  
Juzgué común, y de mi mal, consorte  
Al humano linaje. Al fin mis ojos  
Hirió la diaria luz de las gacetas,  
Entre el humo volátil del cigarro,  
Y el ruido de crujientes pastelillos,  
Entre el rumor de sacudidas tazas  
Y blandidas cucharas, ante el grito  
Ordenador de helados y bebidas  
Cual voz de mando. Y confesé humillado  
La pública alegría, y las dulzuras  
Del destino mortal, noble y excelso;  
Y ví el valor de las terrenas cosas,  
Y toda flores la carrera humana,  
Las obras estupendas, las virtudes,  
Alto saber, estudios y prudencia  
De nuestro siglo. De la Orsa al Nilo,  
Del Catay á Marruecos, y de Goa  
A Boston, ví correr reinos, ducados  
E imperios, anhelantes tras las huellas  
De la felicidad, y asirla casi  
Por las flotantes crines, ó siquiera  
Por la cola del manto. Y esto viendo,  
Y meditando las profundas hojas,  
Del grave, antiguo error que me cegaba,  
Y aun de mí mismo yo tuve vergüenza.  
Aureo siglo, Marqués, hilan veloces  
Los husos de las Parcas. Todo diario  
En varias lenguas y columnas varias,  
De todas partes lo promete al mundo.  
Universal amor, ferradas vías,  
Vapor, tipos, comercio, y aun el cólera  
Los más lejanos pueblos y naciones  
En lazo estrecharán: ni grande asombro  
Será que suden leche las encinas  
Y miel los robles, ó danzando giren  
A los sonos de un wals. Tanto ha crecido  
El poder de retortas y alambiques,  
Y máquinas del cielo emuladoras:  
Y tanto crecerá, volando siempre  
De progreso en progreso, sin medida,  
De Cam, de Sem y de Jafet la prole  
No cual un día comerá bellotas  
(Si el hambre no le obliga): el duro hierro  
No depondrá. Con pólizas de cambio

Satisfecha tal vez, la plata y oro

Despreciará nuestra gloriosa estirpe,  
Mas no de sangre de los suyos nunca  
Su mano ha de lavar: antes cubierta  
Será de estragos, con la vieja Europa,  
Del Atlántico mar la otra ribera,  
Fresca nodriza de sin par cultura.  
Y en campo lidiarán fraternas huestes  
Por pimienta ó aromas ó canela,  
O por el jugo de melosa caña,  
O alguna otra razón, práctica y útil.  
Y valor y virtud, y fe y modestia,  
Y amor á la justicia, escarnecidos  
Y de toda república arrojados,  
Como siempre, serán, que es su destino  
Estar siempre debajo. Torpe fraude  
Y audacia impune elevarán su frente,  
Nacidas á reinar. De imperio y fuerzas  
Ya unidas en un haz, ya separadas,  
Abusará quien quiera que los rija:  
No importa el nombre: que esta ley grabaron  
Hado y natura en tablas de diamante,  
Y no la quebrarán con sus centellas  
Volta ni Davy. ni Inglaterra toda  
Con las máquinas suyas. ni en un Ganges  
De políticas hojas nuestro siglo  
Ha de anegarla. Siempre el vil en triunfo  
Siempre el bueno en tristeza; conjurado  
El mundo todo contra excelsas almas;  
Del verdadero honor perseguidoras  
Calumnia, odio y envidia: de los fuertes  
Despojo el débil, de los ricos siervo  
El ayuno mendigo, en toda forma  
De público gobierno, cerca ó lejos  
Del polo ó de la eclíptica, y por siempre,  
Si al humano linaje esta morada  
O la lumbré del sol no se le niega.  
Estas leves reliquias, estos rastros  
De la pasada edad, fuerza es que impresos  
Lleve la que ora surge, edad del oro.  
Porque de mil principios luchadores  
La humana condición se halla tejida  
Y á ponerlos en paz nunca bastaron  
Fuerza ni entendimiento de los hombres,  
Desde nació su generosa raza,  
Ni bastarán, aunque potentes sean,  
En nuestra edad periódicos y pactos.  
Pero en cosas más graves será entera  
Nuestra felicidad nunca soñada:  
O de lana ó de seda los vestidos  
Han de ser más galanos cada día.  
Dejará el labrador los rudos paños  
Por cubrir de algodón su piel hirsuta,  
De castor su espinazo. Y apacibles  
A la vista, mil cómodos sillones,  
Mesas y canapés, lechos, tapetes,  
Adornarán con su mensual belleza  
Todo aposento. De calderas, formas  
Nuevas admirará, nuevos pucheros  
La humeante cocina. Y rapidísimo,  
De París á Calais, de Calais á Londres  
Y de aquí á Liverpool, será el camino,  
Por no decir el vuelo... Iluminadas  
Mejor que ora lo están, mas no seguras,  
Serán de las ciudades populosas  
Las más ocultas y torcidas calles.  
Tales dulzuras, tan dichosa suerte  
A la naciente prole se aperciben.  
¡Feliz aquel que, mientras esto escribo,

Llora en los brazos de partera sabia!  
El ha de ver el suspirado día,  
En que aprendan los niños con la leche  
De la cara nodriza, cuánto peso  
De sal, cuánto de carne, cuánta harina  
Consuma en cada mes la patria aldea,  
Y cuántos de nacidos y de muertos  
Anualmente consigna en su registro  
El anciano prior: cuándo por obra  
Del potente vapor, en un segundo  
Impresas á millones, llano y monte  
Y aun de los mares la extensión inmensa,  
Cual bandada de grullas que se abate  
Sobre ancho campo, y oscurece el día,  
Cubrirán las gacetas vida y alma  
Del universo, y de saber en esta  
Y en la futura edad única fuente.

Como el infante, con asiduo anhelo,  
Fabrica de papeles y cartones  
Ya un templo, ya una torre, ya un palacio,  
Y apenas le ha acabado, le derriba,  
Porque las mismas hojas y cartones  
Para nueva labor son necesarios:  
Volta ni Davy. ni Inglaterra toda  
Con las máquinas suyas,  
Aunque de alto artificio y prodigiosas,  
Aun no las ve perfectas las deshace,  
Y los dispersos trozos aprovecha,  
Y en vano á preservarse de tal juego  
Cuya eterna razón le está velada,  
Corre el mortal, y mil ingenios crea  
Con docta mano: que á despecho suyo,  
La natura cruel, muchacho invicto,  
Su capricho realiza; y sin descanso  
Destruyendo y formando se divierte.  
De aquí varia, infinita una familia  
De males incurables y de penas  
Al misero mortal persigue y hunde:  
Una fuerza implacable, destructora,  
Desde nació, le oprime dentro y fuera,  
Y le cansa y fatiga infatigada,  
Hasta que él cae en la contienda ruda,  
Por la impía madre opreso y enlazado.  
¡Del estado mortal miseria extrema!  
¡Vejez y muerte que comienzan cuando  
El labio infante el tierno seno oprime  
Que la vida destila! Ni enmendarlos  
Podrá, por sabio y por feliz que sea,  
El siglo nono-décimo, ni cuantos  
Vengan tras él edades sucesivas.  
Mas si lícito me es la verdad neta  
Por su nombre decir, siempre infelice  
Será todo nacido, en cualquier tiempo,  
No en la vida civil, en toda vida,  
Por esencia incurable, y ley eterna  
Que cielo y tierra abraza. Pero nuevo  
Y divino remedio imaginaron  
De nuestra edad los ínclitos doctores;  
Que no pudiendo hacer feliz á nadie,  
Se dieron á buscar (dejando al hombre)  
Una común felicidad, é hicieron  
De muchos tristes un alegre pueblo,  
Todo paz y ventura. Y tal milagro,  
En folletos, revistas y gacetas  
No declarado aún, asombra al mundo.  
¡Oh mente sobrehumana, oh agudeza  
Del siglo que ora corre! ¡Y qué seguro  
Filosofar, y qué sapiencia, amigo,  
En más sublime asunto y remontado  
Enseña nuestra edad á las futuras!

¿No ves con qué constancia hoy escarnece  
Lo que ayer adoró, y el ara abate,  
Para juntar mañana sus pedazos,  
Y venerarlos entre humeante incienso?  
¡Oh cuánta fe y estimación merece  
El concorde sentir de nuestro siglo,  
O el del año corriente! ¡Y qué trabajo  
Es comparar nuestro sentir y ciencia  
Con el del año actual y el del que viene,  
Porque ni un punto discrepemos todos!  
¡Cuánto en filosofar adelantamos,  
Si al moderno se opone el tiempo antiguo!

Uno de tus amigos, y maestro  
No sólo en poesía, mas en todas  
Artes y ciencias, de la humana mente  
Arbitro enmendador, me aconsejaba:  
«No cantes tus afectos, los desdena  
Esta viril edad: á los severos  
Estudios económicos atiende,  
Y al público gobierno. ¡El propio pecho  
Qué te vale explorar? Materia al canto  
No busques en ti mismo. Las grandezas  
De nuestro siglo di, di su esperanza  
Que madurando va.»

¡Recto consejo,  
Que yo escuchaba con solemne risa,  
Al resonar en mi profano oído  
Ese cómico nombre de esperanza!  
Mas ora vuelvo atrás, y la carrera  
Contraria emprendo, persuadido al cabo  
Que quien anhele gloria y busque fama,  
Al propio siglo contrastar no debe  
Sino adular y obedecer: por corta  
Y fácil vía llegará á los astros!  
De tan alta ventura deseoso,  
Materia no darán el canto mío  
De la presente edad los intereses.  
Ya sabrán mercaderes y oficinas  
Cuidar de ellos mejor. Mas la esperanza  
He de decir: que ya visible prenda  
Nos conceden los dioses, ya de larga  
Felicidad principio, ostenta el labio  
Y el rostro del garzón enorme pelo.  
¡Oh luz primera, saludable signo  
De la famosa edad que se levanta!  
Mira cómo se alegran tierra y cielo  
Delante á ti: cómo fulgura el rostro  
De la doncella, y en convites vuela  
La gloria ya de los barbados héroes.  
¡Crece, crece á la patria, oh masculina  
Moderna prole! A tu velluda sombra  
Italia crecerá, crecerá Europa  
De las fauces del Tajo al Helesponto,  
Y el mundo al fin reposará seguro.  
¡Y tú comienza á saludar con risa  
A los hispídicos padres, prole infante,  
Para los áureos días elegida!  
Ni te asuste el negrear de su semblante,  
Sonríe, oh tierna prole: á ti guardado  
De tanto y tanto hablar espera el fruto!  
Mira el gozo reinar, ciudades, villas,  
Vejez y juventud al par contentas,  
Y las barbas ondear largas dos palmos.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) *Vide*, B.-C.-E., 19-108.

## EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA.

Si la Internacional del clericalismo se ha unido en repugnante contubernio con la del oro en la política europea en general, en España, sobre todo, no puede resolverse el problema de hacienda sin resolver al mismo tiempo el religioso. No se trata sólo de los 40 millones de pesetas que el presupuesto paga al clero y el sostén y enriquecimiento de los 17.686 religiosos y religiosas de la Península y del enjambre de frailes de Cuba y Filipinas, se trata de destruir esta terrible ramera a toda actividad y progreso, causa de la decadencia económica de España. Sagasta, cuyo testimonio no es sospechoso, dice que «la intolerancia religiosa produjo esa esterilidad que por tantos años ha afligido nuestro país, ese atraso espantoso... legado que deja siempre el sacrilego consorcio del despotismo político y religioso. Los conventos sepultando en su infecundo seno, la flor de nuestros campos y la esperanza de nuestros talleres.» El espíritu clerical, enemigo de las ciencias y el progreso, inspira al clero español y le hace incompatible con el bienestar económico, porque se opone tenazmente á los adelantos de la industria, de la agricultura y del comercio, por considerarlos perniciosos. El clero quisiera aislar á España del resto del mundo y resolver todos los problemas con rogativas, haciendo su nación el objeto de burla del universo entero.

¿Quién sostiene el clericalismo en España? En primer lugar el erróneo concepto de la misión católica de la nación que confunde la religión con el patriotismo. Las masas populares y las clases directoras admiran en la historia patria únicamente las proezas en defensa de la Iglesia, y los historiadores oficiales de los Institutos y Universidades, falsifican la ciencia *ad maiorem Dei gloriam*. Para esta pseudo ciencia apenas existe España en tiempos de Roma, ni menos aún gloria en la época árabe donde el genio nacional pudo desarrollarse en letras, artes, ciencias y donde ciudades hoy casi desiertas como Córdoba, eran maravillas del mundo con un millón de habitantes. En aquellas dichosas épocas era España el paraíso de Europa, un jardín floreciente, cuyas ciencias alumbraban la noche del resto de la humanidad sumergida en las tinieblas del cristianismo ó bajo el yugo de las hordas turcas. En 20 á 40 millones calculase el número de habitantes en aquella época, número que bien pronto descendió bajo el embrutecedor influjo del clericalismo á 10 millones, en 1688, y á la muerte de Carlos II, en 1700 á 8, para caer en 1715 bajo el Borbón, Felipe V á 6 (!!!) millones. En 1788 ofrecía España un espectáculo tristísimo: nada menos que 478.736 aristócratas explotaban económicamente al país servidos por un enjambre de criados; y las 20.378 parroquias, reducidas hoy á 19.869, fueron servidas por 60.240 sacerdotes, cuyas funciones desempeñan ahora 34.183 seglares. Religiosos había 49.270.

La verdadera historia de España no se ha escrito aún, y sería una acusación terrible contra la Iglesia de Roma. Falta un historiador poderoso que rompa el hielo, que destruya el tejido de mentiras que hoy llaman historia. Sería una obra de patriotismo y acabaría de una vez con la perniciosa leyenda de las glorias y grandezas del catolicismo en España. Y conste muy mucho que no combato la religión, sino á Roma, este poder ambicioso y esclavizador que extravía el sentimiento, llamado por algunos religioso-metafísico, el anhelo á los ideales, á la fraternidad, que se manifiesta en la historia de los individuos y de las naciones. «Nada hay más injusto—dice Castelar,—nada más impío, que amortizar el espíritu religioso, grande como el alma de que procede, infinito como Dios á quien se dirige, en una egoísta secta política. El sentimiento religioso es el eterno amor, la eterna poesía, la eterna idea, el alma inmortal de la Humanidad, que sintiéndose inquieta y malhallada en los estrechos límites de la realidad, busca más allá del espacio, más allá del tiempo, á Dios, en cuyo seno se dilatará, después de la noche que se llama muerte, nuestra pobre vida. El sentimiento religioso no es patrimonio de ninguna secta, de ninguna familia, de ningún partido; es el anhelo de toda la Humanidad; es el himno de todas las artes; es la luz de todas las ciencias; es la esperanza que se levanta de todos los sepulcros; es el incienso que exhala todos los planetas; es el cielo infinito en que vuelan todas las almas.»

Bien ciego debiera ser quien no viera que el rasgo característico de la nación española es el sentimiento religioso en aquel sentido filosófico. Esta es la nota saliente del gran moralista español Séneca, del corodobés Luciano, y el entusiasmo patético, grandioso, se percibe en Marcial y Lucano, y en cierto modo en Columella, Pomponius Mela, Florian y Quintiliano, como en la austera filosofía de un Trajano y Adriano, que parecen hermanos de nuestros coetáneos Mendizábal, Salmerón y Ruiz Zorrilla, en su sencillez imponente. Ignacio de Loyola, y la santa Teresa de Jesús, llevan el sentimiento religioso hacia un misti-

cismo parecido al del gran poeta Emilio Castelar, cuya vocación parece la de un Papa filósofo, el cual tal vez lograría mejor que nadie restablecer la catolicidad de la Iglesia, inspirando su política religiosa en su hermosa frase: «La religión es la idea humana que tiende á lo infinito, como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevación del alma á las alturas inaccesibles de lo eterno, desde donde baja en lenguas de fuego la revelación con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable sér á unirse con el sér perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hacia otro mundo mejor que hay en todas las aspiraciones; la nostalgia del cielo, que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad.»

Estas notas sublimes encuentran eco en todo corazón español, y no se borran ni se borrarán por la ciencia, porque la filosofía les aplaude. Mucho menos aún las borrarán las superficialidades del librepensamiento al uso con sus burlas de mal gusto y sus ignorancias.

Intento vano es destruir el catolicismo en España sin sustituirle; y bien notorio es que el protestantismo, que en los países del Norte ha sido el heredero de Roma, resulta ineficaz aquí. Tampoco se prestan nuestros tiempos para la creación de una nueva religión positiva, porque el intento encontrará la hilaridad general. Queda como única solución apelar al libre desarrollo espontáneo del llamado sentimiento religioso, ó sea altruista de la nación española, reduciéndose la acción del Estado en alejar toda clase de trabas, como, por ejemplo, las imposiciones de Roma en la jerarquía de España, y la coerción de esta jerarquía sobre sus miembros; porque éstos deben quedar en completa libertad para inspirarse únicamente en su conciencia, iluminada por el espíritu del siglo y el sentimiento religioso altruista de sus compatriotas.

Volviendo á su primitivo carácter humilde democrático, inspirándose por el aliento popular, ganará el catolicismo mucho más de lo que puede perder en riquezas, fausto y poder temporal. Los católicos que tanto alardean de demócratas, afirmando que la Iglesia romana, con su presidente Papa electo es la democracia más grande que haya habido en la historia, no pueden oponerse, y no se opondrán, á que se devuelva á la religión su carácter democrático y á la organización hierárquica su base, que es el pueblo. Esta obra democrática hizo Lutero en Alemania, donde hoy aún eligen los feligreses á sus pastores espirituales, y donde toda la autoridad eclesiástica reside en los sinodos, compuestos de estos elegidos. Esto mismo hará la República en España, basando la Iglesia sobre la voluntad del pueblo, que debe ser también en esto el único soberano y la fuente de todo poder. Los católicos, que pretenden ser intérpretes autorizados del pueblo, no debieran temer nada para la Iglesia de su democratización, si sus alardes no han sido mentiras.

No somos adversarios de las religiones como expresión ó exteriorización de aquellos sentimientos descritos por Castelar, y que constituyen una fuerza ideal importantísima. Enemigos implacables somos de las pseudo-religiones, que siembran los odios y combaten las ciencias y el progreso en aras de la satánica ambición de una jerarquía soberbia y codiciosa, maldición de la historia y azote de la humanidad. Al «Anti-Cristo», con su negra guardia, se combate con mayor éxito por la palabra de Cristo, el evangelio del amor, escarnecido por aquellos embaucadores y falsarios. En nombre del Evangelio de Jesús combatiría el clero español, libre é independiente de Roma, contra las imposiciones del jesuitismo romano. Entre las reformas inmediatas del catolicismo español, así transformado, pertenece la abolición del celibato eclesiástico, práctica absurda, contra la cual circulaba en 1869 una protesta que llegó á tener más de 6.000 firmas de sacerdotes. En un libro reciente ha resumido un clérigo español los razonamientos que hacen recomendable el matrimonio á los sacerdotes; y de tal modo se impone esta reforma, que en breve no habrá comunidad de feligreses que permita á un célibe desempeñar las delicadas funciones de pastor de almas, como sucede en la Iglesia católica griega, cuyos sacerdotes están obligados á casarse para no dar escándalos; porque, con razón, se considera un célibe como un lobo hambriento, incapacitado de ser el pastor del redil. La experiencia enseña á cada paso que la abstinencia conduce infaliblemente á la satiriasis y á toda clase de aberraciones eróticas que reflejan las leyendas de los santos con asquerosa crudeza. ¡Qué padre ó esposo amante y concienzudo permitirá que su hija ó esposa ensucien su pura fantasía en las intimidades con un enfermo de esta índole!

La práctica demostrará si la nación española tiene, realmente, necesidad de 964 arciprestazgos, con 65 iglesias catedrales, 30 colegiatas y 18.564 parroquiales, y 11.202 conventos, capillas, santuarios, etc., que

existen oficialmente en la Península, sin contar lo que existiere en las colonias. Cuando los feligreses de las 19.869 parroquias tengan que sostener de su bolsillo aquellos edificios y la servidumbre y los sacerdotes, ya se disminuiría el fervor de la gazmoñería elegante y rústica. El bolsillo es un admirable regulador.

Culpa de las ambiciones de la jerarquía de Roma es que hoy exista un abismo entre el dogma y el espíritu de la Iglesia católica y los ideales de nuestro siglo. La Religión, en lugar de ser un lazo ideal (*re-ligare*, unir, enlazar) que establezca la fraternidad católica, ó sea internacional, es hoy un veneno destructor que divide y siembra por doquiera odios y divisiones. En Italia amenaza el catolicismo la unidad de la patria, y en España fomenta los crímenes del carlismo. Sólo se llenará el abismo si la Iglesia vuelve á sus orígenes modestos, donde era la consolación de los pobres y desgraciados y democrática-comunista en su organización, conservada aún en los conventos y órdenes religiosos. Separar la Iglesia del Estado es una necesidad imprescindible; pero no la «separación» como la pedía Cavour para resolver el conflicto interno en Italia y como la piden los partidos republicanos radicales de Europa, sino una separación muy nueva y diferente. ¿Qué ganaríamos si dejáramos en su actual organización á la jerarquía romana, con sus obispos y cardenales dirigidos por Roma? Sería reconocer un poder eclesiástico enfrente al del Estado, pactando un Concordato y permitiendo que los «príncipes de la Iglesia» conspiren contra la nación que les paga sueldos fabulosos y que les aloja en palacios soberbios, mucho más lujosos que los que habitan los representantes del Estado. Todo esto sería puramente bufo. El Sr. Piernas Hurtado ha tratado en este sentido respecto á los sueldos episcopales en su admirable *Tra-tado de Hacienda*.

La República social no puede y no debe tener animadversión alguna contra la religión ó Iglesia católica, ni contra secta religiosa alguna; pero absurdo sería pedir que pagara á una religión que ya ha dejado de ser expresión fiel del sentimiento religioso-metafísico de la nación, como lo reconoce el mismo Sr. Castelar, que no es sospechoso en este asunto. Los sacerdotes que hoy desempeñan el cargo de pastores se entenderán directamente con sus feligreses, que pueden pagarles como les convenga; y donde las comunidades de fieles no pudieran costear un sacerdote sólo para los fines eclesiásticos, imitarán á los feligreses católicos americanos y de las comunidades religiosas protestantes y católicas griegas, cuyo pastor ejercerá al mismo tiempo de maestro de escuela ó secretario de Ayuntamiento. ¿Con qué derecho piden los sacerdotes que la sociedad les garantice su carrera? Es un sofisma lo de los «derechos adquiridos», porque el Estado no indemniza á los ingenieros ú otras carreras si no encuentran destinos para aprovechar los conocimientos y hacer valer el título de su carrera. ¿No es notorio que numerosos médicos y abogados han pretendido el puesto de verdugo? Entre los cobradores de una compañía de tranvías de Madrid figura igualmente un médico; y qué hemos de hacer si la mayoría de los actuales sacerdotes desempeña las honradísimas funciones de maestro de escuela, secretario de Ayuntamiento ó cosa por el estilo, donde pueden ganar, con el sudor de su frente, el pan de cada día como les manda su Dios.

Como todos los grandes problemas de la política es la base del problema religioso, en España es esencialmente una cuestión de Hacienda que sólo se desarrollará si el bolsillo de los fieles tiene que costear la devoción nacional, sin que la subvencionase la mayoría de los españoles, adversaria decidida de toda gazmoñería y de toda influencia clerical en la vida particular y pública.

ERNESTO BARK.

## CUENTOS NUESTROS.

### JUANÍN.

(EPISODIOS DE LA GUERRA.)

I.

JUAN José Antonio se llamaba, era inclusive y se escapó del Hospicio cuando aún no había cumplido 12 años. Nunca conoció á su madre, ni tuvo capricho por saber el nombre del padre que lo engendró; sabía, por lo que sus compañeros de infortunio le dijeron, que una madrugada de Diciembre fué encontrado en el torno de la Inclusa envuelto en unos pañales muy limpios; alrededor de la cintura tenía una fajita de seda, y entre los pliegues de ésta un papelito doblado, en el cual una mano de mu-

jer había escrito: *Quiero que este niño se llame Juan José*. Aquella rica faja, que podía indicar un origen aristocrático, constituyó la única vanidad de Juanín.

Tardó mucho en aprender a leer mal, y en cuanto a escribir, se quedó en palotes; pues aunque tenía inteligencia despierta, osadía y voluntad, era más perezoso que un musulmán y más soñador que un morfiano.

Desde muy chiquitín manifestó aficiones de hombre acostumbrado a los regalos de la buena vida: en invierno, durante las horas de recreo, ó por las tardes, cuando el frío apretaba mucho, procuraba sustraerse a la vigilancia de los inspectores y a la pegajosa y molesta amistad de sus compañeros, para esconderse en la portería. Allí, departiendo amigablemente con el portero, un viejecillo anquilosado que le quería mucho, se pasaba el tiempo con la gorrilla tan echada sobre la cara, que la visera le descansaba sobre la nariz; las manos metidas en los bolsillos del recio pantalón de paño, y los pies, calzados con fuertes botas de cuero blanco, casi dentro del brasero, como si fuese un abueleto reumático que necesitase del fuego para espantar los achaques y vivir: algunas veces sacaba un cigarrillo y se ponía a fumar, y la gravedad con que parecía adormecerse en el humo que echaba por las narices, prestaba nuevo realce á aquella interesante figura de hombrecillo recortado.

Entonces tenía diez años: era bajito; pero recio de complexión; caminaba avanzando siempre más la piera izquierda que la derecha, lo cual imprimía á su continente un sello singular de aplomo; tenía la frente alta, la nariz gruesa, la boca grande, el rostro expresivo y la cabeza muy levantada, como de persona acostumbrada á mandar. Un antropólogo hubiera creído descubrir en él á uno de esos seres viciosos, pero enteros, fruto de un amor ardiente.

## II.

A los 12 años se inició en Juanín el deseo de ver mundo: la portería, los vastos salones, el jardín y los oscuros pasadizos del Hospicio, le aburrían; quería salir de allí, ver otro cielo, otras caras, otras escenas; y lo quiso con aquella voluntad resuelta que ya chispeaba en sus enérgicos ojos de hombre formado.

Juanín no sabía que el mundo es redondo, ni que tras las montañas que limitan el horizonte visible hay otras montañas y llanuras y mares sin fin: su mundo se reducía á Madrid, á sus calles, á los alrededores, por donde le habían llevado de paseo y en formación algunos domingos; aquel mundo le atraía con extraños magnetismos, le llamaba con voces misteriosas, le seducía con endemoniados espejismos, y Madrid fué para él lo que antes el brasero en las tardes de invierno: una necesidad. Y como en un cuerpecito tan pequeño como el suyo, la inteligencia que concibe y la voluntad que manda deben de estar muy juntas, el hecho siguió inmediatamente al dicho, y una noche se fugó del Hospicio y echó á andar por la calle de Fuenarrabal en dirección á la Puerta del Sol, empujado por el viento que le azotaba la espalda.

Desde entonces, esa fuerza bienhechora que protege á los pajarillos del campo, fué la que veló por la vida de Juanín.

Comía lo que encontraba, y allí donde la noche le sorprendía, allí se echaba á dormir con el sosiego de un justo, esperando un nuevo amanecer. La necesidad le enseñó á ser ingenioso y á aprovecharse de las migas que tiran los que están comiendo. Se acercaba á los puntos de coches, y los cocheros, á quienes interesaba con su desparpajo, le daban pan, tabaco y café: cuando tenía ganas de trabajar vendía periódicos ó aleluyas ó recogía colillas, y en cuanto ganaba tres ó cuatro reales volvía á su existencia vagabunda, recorriendo las calles sin objeto fijo, y deleitándose con el ruido que en los bolsillos de su pantalón formaban las monedas de cobre recién ganadas.

A pesar de sus catorce años, sus pensamientos no se dilataban más allá de aquel mundo que le era familiar; creía que el cielo descansaba sobre la tierra, y lo tenía comparado á esas alambreras que se ponen sobre los platos de dulces para preservarlos de los golosos ataques de las moscas; las estrellas eran moscones luminosos que revoloteaban fuera de aquella enorme alambarrera, cuyo color variaba según el tiempo y la hora. Tal era el sistema astronómico inventado por Juanín.

Aquí abajo, en el Madrid encerrado bajo la gran alambarrera azul, sólo le preocupaban el escaso dinerillo que le proporcionaba el pan con chorizo, la copa de vino y el tabaco diarios, y el amor de la Ojitos, una rapaza que vendía periódicos y recogía colillas como él.

La conoció una noche de verano en la puerta de un teatro: ella estaba con dos ó tres granujillas desarrapadas; era regordeta, con ojos de niña precoz.

Juanín se le acercó.

—¿Cómo te llamas?—dijo.

—La Ojitos.

—Eres muy guapa: ¿me quieres por novio? Yo me llamo Juan José...

Ella le miró un instante de pies á cabeza y se echó á reír. Entonces Juanín la enlazó un brazo por la cintura, y la Ojitos se dejó llevar; y aquella noche, pasada en las inmediaciones del Jardín Botánico, al aire libre, bajo un cielo cuajado de moscones luminosos, fué su primera noche de novios.

Juanín quedó encantado: al fin tenía una persona que le amase, y las caricias de la Ojitos mitigaron su sed de cariño; en ella encontró blanduras de madre, halagos de amante y confianzas de amigo. En las noches crudas de invierno, Juanín no consentía que ella trabajase.

—Venderé yo sólo, contra,—decía—en menos de una hora me atrevo á sacar el jornal; tú tienes la voz muy bonita y no quiero que te la estropees...

Y con tal de que ella le durmiese después canturreándole malagueñas al oído, Juanín trabajaba con el ahinco de un hombre juicioso cargado de familia.

Así vivía Juanín cuando cumplió los 15 años: insensiblemente supo que más allá de Madrid hay otras ciudades semejantes á la que él conocía; que todas están enclavadas en un pedazo de tierra llamado España, y que lo mismo los andaluces, que los gallegos, los vizcaínos, que los catalanes, son españoles; los que vivían fuera de este pedazo de tierra eran extranjeros, y así empezó á germinar en su cerebro la idea de patria. Al fin se convenció de que podía ser madrileño y español al mismo tiempo; pero siguió amando á Madrid sobre todas las cosas.

Abandonado por sus padres á los pocos días de nacido, sin haber oído hablar de ese Dios con aspecto de anciano cariñoso, que protege la inocencia de los niños buenos, creció entregado á su albedrío, sin más ley que sus antojos. Madrid, aquel padre que nunca echaba los cordones á la bolsa de sus bondades, constituía su familia y su cuna, y por eso le quiso con arrebatos de hijo apasionado y de creyente fervoroso.

España era la madre de todos los españoles; pero Madrid era el cerebro, el alma, el corazón de aquella madre.

¡Ay del que tocase á Madrid!... ¡Ay del que derramase la sangre de aquella madre España, tan pródiga en mercedes!...

## III.

Un día supo Juanín que en Cuba, una tierra situada allende los mares, un ejército salvaje compuesto de negros y foragidos, había declarado la guerra á España.

Aquella noticia le llenó de espanto; después, cuando empezó á leer los partes publicados en los periódicos, la indignación sustituyó al miedo; los papeles referían escenas espantosas: incendios, asesinatos, emboscadas, violaciones, crímenes de todo género. Algunos detalles eran tan repugnantes, que á Juanín le ahogaba la cólera, y tenía que reponerse un poco para seguir leyendo; la Ojitos, sentada delante de él, le oía sin pestañear, con la boca entreabierta, y luego se ponían á hacer los más sabrosos comentarios, porque su ignorancia supina daba á sus conversaciones una encantadora novedad.

—Sobre Cuba descansa el cielo—decía Juanín,—y claro es que si los insurrectos tienen la idea de ponerse á gatear alambarrera arriba, pueden ponerse encima de Madrid, y *ahuego*, con dejarse caer á plomo, pues... ya ves, les teníamos en casa.

Lo referido por los periódicos, la salida de tropas, el interés del público, que esperaba ansioso la llegada de los telegramas para conocer el resultado de los combates anunciados, aquel ardor bélico que conmovía á todas las clases de la sociedad madrileña, inflamaron el pecho de Juanín. El también quería defender á España matando insurrectos; lo creía un compromiso de honor, un deber de hijo agradecido. ¿Qué era necesario hacer para ello?... ¿Ponerse el traje de rayadillo y aprender llevar el paso y á manejar el fusil?... Pues eso se conseguía teniendo, como él tenía, buenos brazos y mucho corazón.

—No llores, Ojitos—decía Juan José la mañana en que se alistó de voluntario;—es cierto que muchos se quedan por allá; pero ¡qué contra!..., otros vuelven, y hay que pensar en ser de los últimos. Ya verás: he de venir con la *mar* de entorchados y de cruces y muy rico!... ¡Contra!... Quiero darte buena vida y verte vestida de señora...

Se despidieron en la estación del Norte: al darse el último abrazo, la Ojitos rompió á llorar.

—¡Que escribas, Juanín!...—dijo.

A Juan José también se le saltaron las lágrimas.

—Así lo haré, pitusa; y haz que te lean los periódicos, porque ya sabes que si voy á Cuba es *pa* que los papeles se ocupen de mí. ¡Contra; adiós!..., que las mujeres sois capaces de ablandar á los cantos de la calle...

Se oyó un silbido, y la máquina arrastró los coches tras sí; el grito de ¡Viva España!... frenético, atronador, resonó por todas partes; los expedicionarios, asomados á las ventanillas, agitaban sus pañuelos. ¡Hale! Allí iban todos, y entre ellos Juanín, alistado como corneta en uno de los batallones del regimiento Cazadores de Llerena.

## IV.

No tardó Juanín en recibir su bautismo de sangre. Llevaban nueve horas de marcha, bajo los rayos de un sol de fuego. Delante de la columna, compuesta de unos 300 hombres, iba el coronel á caballo, y á su lado Juanín. De pronto los soldados que marchaban á la vanguardia retrocedieron, sonaron algunos tiros y la gente se detuvo. A un lado del camino y entre un vasto palmar, apareció el enemigo. Entre los bravos de Llerena, bisoños que aún no estaban acostumbrados al olor de la pólvora, circuló una corriente de ansiedad: algunos pensaron en Dios; los que tenían madre se acordaron de ella; la muerte les salía al paso y el momento era solemne.

Juanín clavó en los insurrectos una mirada de niño curioso; casi todos eran negros; pero aparte del color y de la repugnante fealdad de algunos, vió con sorpresa que eran hombres como los demás. Pero, ¡contra, cuántos!..., cuántísimos eran; ¡si pasaban de mill!... Y echó de menos su navaja y la honda que la Ojitos le regaló para reñir con los granujillas de Chamberí; aquellas armas le inspiraban más confianza que su Maüser.

La caballería insurrecta se arrojó con tal ímpetu sobre la columna, que ésta no tuvo tiempo de formar el cuadro. Al principio hubo algunas descargas de fusilería; después las distancias se estrecharon, y empezó una lucha desesperada, cuerpo á cuerpo; el combate de uno contra diez, del valor temerario contra la fuerza irresistible del número. Todos eran muchachos reclutados en el último sorteo; pero se batían con ese ardor indomable que el sol de España infunde en la sangre de sus hijos. —¡Viva España, viva Llerena!...—gritaban los nuestros.

—¡Arriba con ellos—respondía el enemigo,—que son pocos!...

Juanín se batía como un leoncillo en una cuneta del camino: un fogonazo le había ennegrecido la cara, un rival á quien acababa de tender á sus pies, le desgarró la camisa: estaba lleno de polvo, salpicado de sangre, con el pecho descubierto, como desafiando las balas enemigas; era la suya una figura épica que crecía conforme arreciaba el furor de la pelea. El coronel, que había perdido el caballo y que luchaba en otro grupo, creyó que la derrota era inevitable, y quiso ordenar la retirada.

—¡Toca retirada, Juanín—gritó,—anda, hijo mío!...

Juan José le vió y volvió la inteligente cabeza: entonces recordó que la corneta, la única voz capaz de dominar el fragor del combate, iba con él, y se la llevó convulsivamente á los labios, mandando cargar á la bayoneta.

—¡No, Juan, no, que nos pierdes!...—gritaba el coronel, creyendo que su subordinado no le había comprendido. — Pero éste seguía impávido, lanzando al aire el terrible toque.

La orden fué inmediatamente obedecida, y los de Llerena cargaron desesperadamente, poniendo en aquel supremo esfuerzo su última esperanza.

Al frente de todos, con la bayoneta en una mano y tocando siempre, marchaba Juan José, el pobre inclusero, dando vivas á España, resuelto á morir por la gloria de una patria que no conocía, por una sociedad que no le dió apellido ninguno.

El atrevimiento del joven corneta decidió el éxito de la acción: el enemigo huyó á la desbandada; pero Juanín no pudo gozar de la victoria, pues al volverse para recibir un abrazo de su coronel que le llamaba, cayó muerto de un balazo en la frente.

Cuando el telégrafo llevó á la Península la noticia del heroico comportamiento del corneta, la Ojitos recibió en el alma el tiro que horas antes recibió su amado en la frente. Ya se lo había dicho él: —«Si voy á Cuba, es *pa* que los papeles se ocupen de mí...» Y aunque el dolor la ahogaba, quiso contribuir á la gloria del pobre muerto, vendiendo el periódico que con más extensión publicaba la triste noticia.

—¡El Liberal de ahora!—gritaba la Ojitos con la voz empañada por las lágrimas;—¡El Liberal, con la muerte del bravo corneta de Cazadores de Llerena, Juan José Antonio!...

Y cuando pronunciaba este nombre, para ella tan querido, sus ojos resplandecían como los de una iluminada.

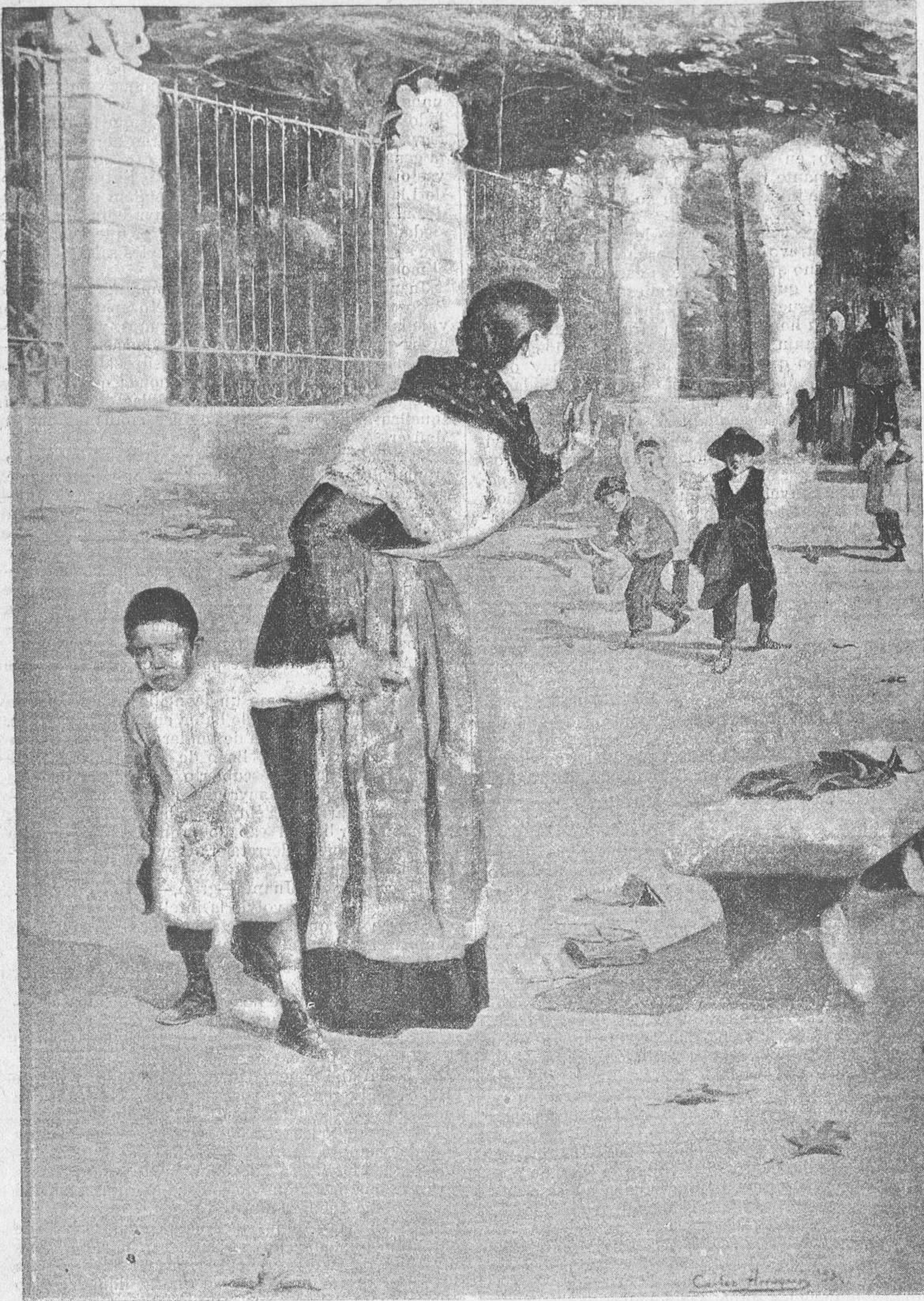
¡Pobre Juanín!...

Aquel pregón, triste, monótono, paseado por las enlodadas calles de Madrid, era su oración fúnebre.

EDUARDO ZAMACOIS.

## EL TRIUNFO DE UN COBARDE.

Me inquieté al ver que se acercaba á mí con ademán de hablarme. Sus seis pies de estatura, sus brazos que descubrían un manojo de músculos al través



CARLOS ARROQUIN.—NOVILLERO DESGRACIADO.

de la ropa, y su pecho fornido y amplio, no eran los más á propósito para tranquilizarme.

Un solo pensamiento me barrenaba el cráneo:

—¿Por qué se me ha ocurrido pedir la pareja á ese bárbaro? ¿A mí que me importaba que se entretuviera en quitar las parejas á los otros? ¿Acaso no hay otras mil mujeres en el baile? ¿Qué tendrá que decirme ese animal?

Y volví la cabeza, tratando de esquivar su abordaje.

¡Vano intento! Ya no le oía; pero sus pasos me sonaban en los tímpanos como martillazos.

Hubiera dado cinco duros por estar fuera del baile. Me pareció que los pasos se alejaban. Aspiré voluptuosamente una inmensa bocanada de aire. Sentí en el hombro una mano que me cortó el aliento.

—¡Oiga, amigo!

Algo así como una culebra se me enroscó á lo largo del cuerpo, haciéndome temblar. A pesar de todo, me volví. ¡Había que ser hombre!

—Sepa usted que á mí no me pide nadie la pareja.

—Creo que en eso no hay ofensa—osé replicar, haciendo de tripas corazón y examinando atentamente la contextura de su corpacho.

—Es que yo soy un hombre.

Bien lo veo, pensaba para mis adentros, preguntán-

dome si debía callarme. Miré á mi alrededor. Creí que algún amigo mío observaba la escena. ¡Hay que contestar!

—También yo soy un hombre.

—Bueno; eso lo veremos allí afuera. Venga usted conmigo, que más me gusta tratar con pantalones que con faldas.

Este tío me revienta. ¿Cómo salgo yo de ésta? Miré á los lados. Me figuré que el amigo volvía los ojos hacia una mujer. ¿Qué le contesto?

—Hombre, crea usted que yo no echo el pie atrás nunca; pero en el caso presente no hay motivo aún para que nos rompamos la crisma. Siéntese usted aquí á mi lado, hablemos como personas, que tiempo hay para que nos tratemos como bestias.

Y al decir la palabra bestias, me respingaba en el asiento, como dando á entender que también era yo un valiente; pero sólo un valiente sesudo, de los que se pelean por las causas justas. Y aunque no las tenía todas conmigo, confiaba en la oratoria para desarmar á mi héroe.

Este se sentó, y yo comencé mi peroración. No recuerdo las cosas que dije. Me parece que si hablo en el Congreso me silban las tribunas. ¡Tales cambios había en el tono de la voz, que pasaba de los enfatis-

mos altisonantes á los galleos femeninos, con una deplorable facilidad! Inventé unas cuantas novelas, varios artículos y algunos cuentos, para demostrar que los hombres no deben pegarse sino cuando haya una causa que lo justifique; aunque *por lo demás*, yo me había pegado con Fulano, con Zutano y con Merengano; y á éste le dejé mal herido de un garrotazo y á aquél de una puñalada y al de más allá de un tiro. Y soltaba todas esas mentiras con un acento profundamente verdadero. Hubo un momento en que creí que mi hipopótamo se dejaba vencer por la perorata. ¡Todo lo vi de azul y rosa! Hasta me disponía á convidarle para dar alegre fin al accidente, cuando el hombre, cortándome la palabra, me suelta esta andanada de cañonazos:

—Usted no ha matado á nadie. Lo que no tiene usted es vergüenza y cuanto me dice es música para no pegarse. ¡Véngase conmigo, que no llevo cementerios debajo del chaleco!

Volví á mirar á los lados. Afortunadamente la plática se cambiaba en voz baja y no se había formado ningún corrillo á nuestro alrededor. ¿Habría llegado la hora del sacrificio?—pensé y se deslizaron mis miradas del hombro izquierdo al hombro derecho del interlocutor. ¡Medí más de una legua!

—Vaya, hombre, que no tenga que ciscarme en su madre.

Confieso que el oír esta palabra no me alteró poco ni mucho. Estoy convencido de que el fango de las palabras no deja mancha. Pero miré nuevamente á los lados. Dicen por ahí que el hombre que eso consiente es un canalla. ¿Qué le respondo?

—Le perdono cuanto me dice, porque está acalorado.

Mentía, porque el mal rato no se lo perdonaba y yo no tengo nada de santo.

—Vamos, tendré que pegarle. Al oír la palabra «pegar» me dije que el sacrificio era forzoso. Volví la cabeza. El amigo miraba fijamente. Sentí un impulso que me levantaba del asiento. Miré á mi enemigo. ¡Pero qué puños tiene, santos cielos!

—Eso no debe usted hacerlo.

—Pero lo hago.

Y uniendo la acción á la palabra me largó mi compañero tres ó cuatro bofetadas. ¡Loado sea Dios! Fué misericordioso, que las dió amablemente, como con cariño, ¡para mayor escarnio! Sentí calor, mucho calor en la cabeza. Juro que me atravesaron el espíritu más de mil pensamientos de venganza. ¡Echarme al cuello de este bárbaro y estrangularlo! fué mi deseo. Pero á la décima de segundo la razón recobró su imperio. Ya no ví si nos miraban. Lo único que hacía era calcular.

Si me levanto, pensé, y le pego á este hombre, ¿qué puedo hacerle? A lo más romperle una muela. Quizás consiga darle dos golpes, tres, sin que él tenga tiempo de devolvérmelos. Pero luego me revienta. Del primer puñetazo me parte la cara y me derriba al suelo. Después me patea y para cuando la gente venga á separarnos ya tendré el cuerpo más molido que un saco de harina. ¿Qué adelanto con pegarle? ¿Romperme los dedos? Y ¿qué hago yo? ¿Voy á dejarme pegar?

—Crea usted que eso está mal hecho. Mi hombre se echó á reír. Ya no miré si la gente nos veía ó seguía bailando.

—Hay que escupirle á usted.

Y sentí en seguida un escupitajo en la mejilla izquierda. ¡Un colmo!

Saqué el pañuelo, me limpié humildemente y me recogí en el asiento, resuelto á soportarlo todo, á aguantarlo todo, con tal de no hablar más, de no levantarme, de no moverme.

Así pasaron unos segundos. Cerré los ojos. Tan pronto me figuraba que recibía un golpe en la cabeza como en el pecho. ¡Sufrí mucho, mucho, honda, profundamente! ¡Qué angustia aquella!

Pero me pareció oír ruido. ¡Ahora llega el puñetazo! Y me cubrí la cara con entrambas manos. El ruido se alejaba. ¿Me habré librado? Miré por entre los dedos. A diez pasos de mí columbré la silueta formidable del que acababa de escupirme. ¿Se marchará por fin? Y cuando ví que no me equivocaba me levanté mirando al suelo y escurriéndome por entre la gente, gané la puerta, respiré el aire fresco de la calle y eché á correr, como cuando cogía la nota de sobresaliente en mis exámenes de muchacho.

\* \* \*

Por algún tiempo me sentí rebajado por tanta cobardía. Hablaba con mis amigos y yo no era ya el hombre que lo más impertérrito del mundo soltaba paradojas atrevidas.

En los cafés y en la calle evitaba mirar á los lados, temiendo encontrarme con el hombre que me había escupido y de quien yo aguanté todas las injurias.

Pero un día, en la esquina de una calle tropecé con un señor; los dos cambiamos una natural mirada de sorpresa. ¡Santo Dios! ¡era él! Quise apartar los ojos, mas no pude. Los clavé en su cara, como si estuviera

hipnotizado. Ví que su rostro se coloreaba, y él fué quien bajó la vista y con la cabeza gacha prosiguió su camino.

Tres ó cuatro veces volví á encontrármelo y otras tantas se ruborizó, bajó los ojos y siguió andando como avergonzado.

Después supe quién era. Varios amigos suyos llegaron á serlo míos. Pues bien, ese hombre no hablaba de mí sino para alabarme. Era el panegirista más entusiasta de mis artículos y cuentos. Quise saber á ciencia cierta si había propalado mi cobardía. Referí la escena que antes he procurado describir á su amigo más íntimo, aunque cambiando algo los nombres. Saqué la convicción de que á nadie se había atrevido á contar mi falta de valor.

Yo, por mi parte, confieso que si en algún tiempo sentí el deseo de venganza, hoy ha desaparecido del mundo de mis sentimientos. Hay cien mil cosas en la vida que me preocupan mucho más que ese hombre.

Pero cuando le veo turbado, avergonzado, humillado ante mi presencia, cuando observo que esquiva mis miradas, cuando le encuentro vencido ante mí, pienso en que quizás mi conducta al pesar las bofetadas que yo pudiera darle y las que iba á recibir, no era tan vergonzosa como me lo figuraba, pienso en que yo, meditando en el momento de ser injuriado, si ganaba alguna cosa con devolver la ofensa, consintiendo en recibir tres ó cuatro bofetones suaves para no recibirlos fuertes, además de romperme los huesos al pegarle; yo que conservé el poder de calcular frente á la provocación, á la injuria, á los golpes y al escupitajo, yo obré como un sér racional que sabe sobreponerse al acicate bestial de las pasiones y á la coacción estúpida de una sociedad imbecil, que ha glorificado el valor animal, haciéndolo digno del mármol de los escultores y de la lira de los poetas; mientras que él, el guapo celebrado por sus compañeros, el valiente victorioso, se confesó ante mí un bruto, de los que hacen gracias para dar gusto á los músculos que le dominan y á los estúpidos que le aplauden.

Fué una lección la mía que impresionó á aquel bárbaro. Quizás piense para estas fechas que si el valor ennoblece á los brutos en la escala zoológica, sólo puede avergonzar á los hombres que, por encima del azuzamiento del medio ambiente y de los instintos heredados, gozan de la conciencia y del cálculo como gobernantes de sus acciones.

Quizás conozca que en aquella lucha, el vencedor fui yo, porque él me dominó durante dos minutos y yo ahora le domino durante meses y más meses, por la superioridad del cálculo y de la razón: quizás le recuerde su proceder injusto. Lo cierto es que á mí no me duelen ya las bofetadas y á él le deben de quemar la mano.

Pero pienso también en que tan complicadas metafísicas no quepan dentro de la frente chata y del cuello de buey de mi ofensor, y entonces, ¿por qué se turba, por qué se avergüenza?

¿No es posible que el misterio de un proceder inexplicable—inexplicable para él que no ha visto en su vida más que la injuria respondiendo á la injuria, y el golpe al golpe—le haya sobrecogido y consternado?

Vamos á ver; la aureola de misterio con que la humanidad pudo hacer de Jesús un Cristo y con que Jesús venció después de muerto, ¿no se debe quizás á que el Nazareno fué un gran cobarde, un cobarde sublime, en unos tiempos en que los hombres solo podían concebir el valor, ya que al valor lo debían todo, la confianza en sí propios, el prestigio social, el bienestar y hasta la vida misma?

No lo sé, no lo sé... pero á las veces creo que ese salvazo que debiera leerse en la cara, es algo grande, simbólico, triunfador.

RAMIRO DE MAEZTU.

## HOJAS CAÍDAS.



AMINANDO por silenciosa y aristocrática calle, mis piés han profanado el pobre cuerpo de una hoja caída, seca, amarillenta, despojada del brillante y aterciopelado traje verde con que la engalanara la Primavera, cuando se balanceaba gallarda en una rama de gigantesco y frondoso árbol, acariciada por los pájaros y mecida por la brisa suave.

A la brutal agresión de mi pie lanzó leve gemido—¡la protesta de los débiles!—algo así como un ruido seco, parecido al rápido desgarre de un papel.

Y aquel quejido lastimero de la amarillenta hoja, postrer lamento quizás de una vida ignorada que se extingue, recordóme que había empezado ya el supremo estertor de una vegetación que agoniza, alumbrada por la luz funeral de un sol triste y macilento, y envuelta con el sudario de un firmamento siempre gris, de una atmósfera vaga y melancólica.

Una violenta racha de viento, empujando á la débil hoja, apartóla de mí; á lo lejos la ví arrastrarse por el suelo y dar rápidas vueltas, luego volar por los aires, detenerse después un momento y emprender de nuevo fatigosa y veloz carrera.

Cual gato que se divierte con débil y asustado roncillo, así jugaba el viento con la desamparada hoja.

¡Triste destino el de la hoja caída! Sin el amparo del árbol que le diera el sér y que con su savia la sustentaba; perdidas su frescura y lozanía, vaga errante, al azar, sujeta á los caprichos del viento y expuesta á las brutales pisadas de los transeuntes...

¡Y ruedan por el mundo tantas hojas caídas! Del árbol de la vida se desprenden también hojas humanas, arrebatadas por la miseria y la desesperación, que las impurezas del vicio ó los sufrimientos del hambre encárganse de arrastrar por los lodazales del lupanar y por los fangos del arroyo.

PALMIRO DE LIDIA.

New-York, Septiembre de 1897.

## AMORCITOS.

### I.

Va á venir esta tarde... ¡Todo la espera!  
Con flores olorosas la jardinera  
para que cuando llegue, loca de amores,  
aspire los perfumes que dan las flores...

Mullidos los cojines del confidente  
para que allí repose tranquilamente  
cuando, al llegar, nerviosa, desfallecida,  
la dé con un abrazo la bienvenida...

El almohadón bordado, donde anhelante  
me arrodillo y la miro, tierno y amante,  
teniendo, entre las mías, sus blancas manos  
— ¡manojitos de breves lirios enanos! —  
y dejando en sus rojos labios impresos  
millones y millones de ardientes besos  
que ella paga con creces, mientras la escucho  
decirme por lo bajo: — ¡Quiéreme mucho! —

\*  
\* \*

Ella tiene el tesoro de las virtudes  
y es la causa de todas mis inquietudes,  
guarda siempre el consuelo para mis penas,  
me oprime entre sus brazos, ¡dulces cadenas!  
y hace huir de mi pecho los sinsabores  
deslizándose en mi oído frases de amores,  
y abriendo ante mi paso, siempre indeciso,  
¡de par en par las puertas del paraíso!...

Yo la digo mis dudas y mis tormentos  
iniciándola en todos mis pensamientos...  
Comprende las torturas con que tropieza  
en esta lucha horrible todo el que empieza,  
y al ver que, entre sus brazos, amargamente  
lloro el fin de mis sueños de adolescente,  
se incomoda, me anima, y es su consuelo  
para mis desventuras un don del cielo...

\*  
\* \*

¡Yo la adoro! La adoro de tal manera,  
mi cariño es tan grande, que si pudiera  
arrancar las estrellas, rasgar la sombra,  
y á sus pies extenderlas, como una alfombra,  
estoy casi seguro de que lo haría  
si esto, por ser tan grande, la complacía!...

¡Y va á venir!... ¡Ya tarda!... ¡La espero!... ¡En breve  
besaré sus mejillas de rosa y nieve,  
la tendré entre mis brazos aprisionada,  
voluptuosa, y amante, y enamorada,  
la diré mis pesares, mis alegrías,  
todas las amorosas querellas mías,  
y á sus piés, anhelante, caeré de hinojos  
cuando el placer entorne sus negros ojos...  
Por fin llega... ¡Es la reina de las mujeres!  
Viene corriendo... Llama...

... ¡Qué hermosa eres!

### II.

Se fué con paso breve, precipitado,  
y estoy otra vez solo y abandonado...  
Hace un instante todo me sonreía,  
me juzgaba dichoso, porque era mía...  
Sus ojos con dulzura me contemplaban  
y sus redondos brazos me aprisionaban;  
su boca me ofrecía dichas sin cuento,  
y escuchando extasiado su dulce acento

no pensaba que, alegres y halagadoras,  
para el amor transcurren breves las horas...

¡Ya se fué... y en la estancia, que parecía  
inundada por toda la luz del día,  
se ha ido haciendo la noche, poquito á poco  
y ya no veo nada... y á ella tampoco!  
Todo está triste y solo y hasta las flores,  
no exhalan ya, como antes, suaves olores,  
y el reloj que corría precipitado  
marca su *tic tac* lento y acompasado,  
de la misma manera que si estuviera  
cansado y descansara de su carrera...

Sólo yo estoy ansioso de amantes lazos  
y, en la vaga penumbra, tiendo los brazos,  
mas veo tristemente que en torno mío,  
tras las pasadas dichas se halla el vacío...

\*  
\* \*

¡Ay! después de gozada tanta ventura,  
vuelta á apurar el cáliz de la amargura,  
á ver surgir de nuevo las realidades  
con su escolta de dudas y de ansiedades,  
y á marchar, con carrera vertiginosa,  
en pos de un horizonte color de rosa.

Y ella, la que en la lucha con valentía  
me anima, siendo siempre mi norte y guía,  
ella, la eterna causa de mis desvelos,  
la que me proporciona dulces consuelos,  
¡al marcharse con paso precipitado  
me deja otra vez solo y abandonado...!

JOSÉ JUAN CADENAS.

## LA REGENERACIÓN DE ESPAÑA

SERIAS y profundas meditaciones proporcionan, la malhadada determinación que el funestísimo ministro de Hacienda, señor Navarro Reverter, ha adoptado, mandando vender 10.000 montes públicos, cosa que entraña una medida gravísima por lo que respecta al porvenir, á la riqueza, y al bienestar de nuestra España.

Calcúlase que estos 10.000 montes suman en junto unos 500.000 árboles, los cuales atraen las nubes y purifican el aire en muchísimas comarcas que, al despojárselas de dichos árboles se empobrecen y pierden en condiciones salutaríficas é higiénicas.

Pero no está en esto todo el mal: esos montes vienen á caer en las manos de grandes negociantes, que después de explotar sus maderas y sus leñas para construcciones y carbones, aprovecharán durante unos cuantos años, el abono de hojarasca que los siglos han ido en aquellos terrenos acumulando, para obtener considerables cosechas de cereales y conservarlos seguramente en sus graneros, con el fin de sacarlos al mercado en épocas de carestía.

Es decir, que para que unos cuantos se enriquezcan, para que el Estado obtenga algunos ochavos más, se labrará la ruina de muchas comarcas condenándolas á una constante sequía y á un semillero de enfermedades, y por lo tanto reduciendo para lo futuro los ingresos en las arcas del Tesoro.

Esta ruinosa operación de venta nos ha sugerido la idea de las muchas riquezas que en España se pierden, no sólo por el abandono y la punible conducta de los calamitosos Gobiernos monárquicos, sino principalmente por el sistema social que nos rige, puesto que explotándose en colectividad las riquezas todas del privilegiado suelo español; afuyendo á una todo el esfuerzo del trabajo; yendo todos los trabajadores al unísono y con la convicción firmísima de que el producto que se obtuviese sería repartido en proporción al esfuerzo de cada cual ó con sólo unas cuantas horas de trabajo, se hallarían todas, absolutamente todas sus necesidades satisfechas; y no como hoy, que la retribución del esfuerzo está sujeta al capricho ó al interés del explotador; tendríamos en España una amplísima red ferroviaria, que abarataría y facilitaría considerablemente el arrastre de los productos del suelo y de la industria; canales de riego que recogerían las aguas todas de nuestros caudalosos ríos y aun las de los riachuelos y arroyos que en la actualidad se pierden en el mar, para regar terrenos convertidos en yermos y sin producir nada; bosques dilatadísimos que facilitarían grandemente el saneamiento de la atmósfera y la atracción de la humedad y de las lluvias; diques fortísimos que, coadyuvando á la obra de los bosques, contuviesen las aguas torrenciales, evitando esas ruinosísimas inundaciones que de cuando en cuando llenan de desolación y de luto regiones enteras; y artefactos especiales, mediante los cuales pudiérase aprovechar esa fuerza incalculable que la atracción del sol, de la luna y de los demás astros,

unidos con los vientos, ocasionan en nuestros mares, para ser utilizada por nuestra industria y nuestra agricultura.

Y todas estas grandes y transcendentalísimas reformas cambiarían la faz de la agricultura y de la industria españolas, haciendo que multitud de frutos que hoy se menosprecian, diesen origen á una explotación beneficiosa y pródiga en producción y en riqueza.

Podríase, en su consecuencia, establecer en la Península, y con grandes rendimientos, fábricas innumerables de conservas alimenticias; de alcoholes hechos con frutas, raíces, tubérculos y semillas; de azúcares de remolacha, zanahoria, algunas frutas y gramíneas; de tejidos y perfumes, estos últimos tan excelentes, como los que nos vienen de los países orientales, de alcanfor, tabaco y otras infinitas substancias que en la actualidad importamos del extranjero ó de ultramar.

Las industrias minera y de pesca tanto fluvial como marina, adelantarían en grado sumo acrecentando considerablemente el tesoro común.

Pero no se crea que para que estos bienes los obtuviésemos sea absolutamente preciso que implantemos el socialismo en toda su integridad; claro está que con un régimen socialista absoluto, si se nos permite la frase, obtendríamos en este respecto muchísimas ventajas; mas con un estado transitorio, con reformas sociales basadas en la creación de sociedades obreras, dueños del terreno y de los productos agrícolas y aun de los medios de transformarlos en industriales, cosa que se conseguiría mediante la promulgación de una ley en que el Estado interviniese en materias de sucesiones y se impusiese un tributo progresivo sobre las herencias, tanto en línea colateral como directa, la situación general mejoraría considerablemente, la repartición de los productos del trabajo se efectuaría con más equidad y la faz de España habría de cambiar por entero.

Así pues, ha llegado la hora de que los verdaderos amantes del engrandecimiento nacional, nos aprestemos á echar por tierra este régimen inmoral y maldito,

preparando el terreno, mediante sabias y benéficas reformas, al advenimiento de instituciones socialistas que traerán la felicidad y la dicha de la humanidad.

Basta ya de explotación y que todo sea para todos. Esta debe ser la divisa de los hombres honrados y de buena voluntad.

JUAN DE LA ENCINA.

## LOS PRIMEROS.

PERSONAJES.—D. ROSENDO, 59 años; AURELIO, 23.



ON ROSENDO (con un periódico en la mano). — ¡Muy bien, caballero! ¡Bonitas ideas!... ¡Conque la familia, la propiedad, la herencia, las bases fundamentales de la sociedad, todo debe destruirse, derrumbarse, no es eso?

AURELIO.—¿Destruirse... derrumbarse? Sí; ya se derrumban... Pero la frase exacta es que debemos destruirlas, derrumbarlas... El se es anfibológico...

DON ROSENDO.—¿Sí, eh? ¿Y por qué no practica usted con el ejemplo, caballero? ¿Por qué no renuncia usted á la herencia de este miserable burgués? ¿Por qué vive usted á expensas de esa fortuna, lograda á fuerza de consagrar mi vida al trabajo honrado, al...

AURELIO.—¿Qué quieres? Hago lo que puedo.

DON ROSENDO.—Sí... haces deudas, que yo pago.

AURELIO.—Como el caso es arruinar á la burguesía y yo solo no puedo contra todos, procuro arruinarle... Eres mi *burgués*; el que por clasificación me corresponde.

DON ROSENDO.—Hable usted con más respeto á su padre ó...

AURELIO.—¡Papá! Es una broma.

DON ROSENDO.—No las tolero... ¿Y se puede saber

dónde ha aprendido usted tan peregrinas ideas? ¡Ideas revolucionarias, disolventes, anarquistas!...

AURELIO.—¿Anarquistas? La gran palabra... ¡Que viene el cocol! No; yo no soy anarquista, como no lo es ninguno de mis compañeros. Socialista, sí. ¿Y qué quieres que seamos?

DON ROSENDO.—¡Hombres de provecho, hombres serios! Ved el fruto de vuestras doctrinas: vosotros jugáis con las ideas como los *jongleurs* del circo con los cuchillos y las teas encendidas, sin mirar que alguna vez puede caer el cuchillo ó la antorcha y herir ó quemar al espectador inofensivo ó al *jongleur* mismo.

AURELIO.—¡Bonita imagen! No, papá; el socialismo no es *jonglerie*, ni su semilla es de cuchillos ni de antorchas. Sobre todo, nosotros no somos los primeros socialistas; de vosotros hemos aprendido... de vuestros antepasados. Si no, dime: ¿cuál fué el origen de la fortuna de tu padre, mi venerable abuelo?

DON ROSENDO.—Una vida de trabajo...

AURELIO.—Sí; de trabajo honrado, etc., etc., y la compra de bienes nacionales; bienes expropiados por interés *social*... ¿Me entiendes?

DON ROSENDO.—¡No digas disparates!

AURELIO.—¿Disparates? ¿Quieres saber quiénes fueron los primeros socialistas? Pues ya lo sabes. Yo soy socialista por atavismo. ¡Y pobres de vosotros el día en que la sociedad se entere de que tan muertas son las manos burguesas como las manos frailunas... Querido papá! *He dicho*.

JACINTO BENAVENTE.

## BRUTALIDADES CLERICALES.

Roquetas, 12 Septiembre.

Las conquistas del Sr. Castelar son como él: huera, incomprensibles é incognoscibles.

El absurdo que encubre el optimismo; la tiranía



J. COOMANS.—LA RECREACIÓN.



que adorna sus arbitrariedades con el nimbo de una democracia ficticia; el despotismo hipócrita que orla sus infamias con una legalidad injusta é irritante, surgen por doquier, y demuestran al mundo que España no ha dado un paso por la vía del progreso y viste el ridículo traje de arlequín liberal, ocultando bajo orrida la arbitrariedad, los vicios y el bestialismo de los siglos de estupidez y feudalismo.

Aquí nos pagamos de frases: espíritus meridionales entusiasmados por lo que cautiva nuestra atención, contentámonos, como los niños, con la hojarasca, sin considerar que por el fruto se conoce el árbol, y á los políticos y legisladores por sus obras. Lamentamos los efectos y despreciamos conocer las causas.

Husiones engañosas, frases de relumbrón, mentiras convencionales, forman el carácter de este pueblo, contento como niño con zapatos nuevos con su Sufragio universal, su libertad de la prensa, su libertad de asociación, su igualdad ante la ley, su libertad de conciencia y otra porción de libertades escritas, pero no observadas ni respetadas por los que dar ejemplo debieran de su amor á leyes que ellos hicieron para darse el placer de bailar sobre ellas infernal danza macabra, pateando el derecho humano escrito por Dios mismo en el corazón de los hombres.

Mas si la infracción de todas las leyes que garantizan las libertades políticas causan indignación á los espíritus viriles, ninguna produce tanta como la que escarnece la libertad de conciencia y concede á un clero, cuya conducta anticristiana pugna con las máximas del Evangelio, derechos absurdos, brutales, sobre los cadáveres de los niños que mueren bautizados aun contra la voluntad de los padres.

Si irrita el atropello autoritario robando el voto á los ciudadanos; si indignan las injusticias de todo género que presenciarnos á diario, ¿qué impresión causará á nuestro ánimo la conducta del cura que, sin respetar el dolor del padre que acaba de ver morir á un hijo querido, después de larga y penosa agonía, se niega á dar la llave del cementerio si no se le abona el importe de unos cuantos cánticos, que no se piden, y de unas ceremonias, que no se necesitan, amenazando con los tribunales de justicia si no se le pagan adelantados unos servicios que no ha de practicar por rechazarlos el padre, juzgándolos inútiles de todo punto? Pues esto me ha ocurrido con el cura de Roquetas.

La debilidad de mi esposa y los consejos de cuatro beatas bautizaron á mi pequeño Rafael cuando contaba 4 meses de edad, y aprovechando mi ausencia, hicieron á mi hijo esclavo de una orden irritante del Sr. Silvela, de ese Sr. Silvela, de ese puritano defensor de los frailes, atropellador de las conciencias y supremo moralizador de lo inmoralizable.

Mas yo entiendo que el *ukase* silvelista autorice al cura á inhumar el cadáver de mi hijo en el cementerio católico; pero no comprendo cómo el cura se aferra á esa ley para cobrar 30 reales por un entierro que ha sido puramente civil, en el que no ha intervenido para nada, en el que nadie lo ha necesitado y en el que no ha ido otro acompañamiento parroquial que la banda de música tocando el himno de Garibaldi desde mi casa al cementerio. Sin embargo el cura, sin cantar, sin rezar, sin asistir al entierro y sin que yo le haya molestado en lo más mínimo, me ha cobrado 30 reales, después de amenazarme con la ley, con los tribunales y con los cuatro elementos. Esto demuestra la hermosa libertad que disfrutamos y que quita el pan de los hijos para dárselo á un hombre que debe saber la máxima: «Dad de gracia lo que de gracia recibisteis.»

¡Valiente ley y valiente sacerdote cristiano!

IGNACIO RODRÍQUEZ ABARRÁTEGUI.

## CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

### LA ORGÍA PARIENSE.

#### LOS FELICES DEL DÍA.

«La señora marquesa del Cuissage recibe los miércoles por la noche.

Habrà música.»

Son las once y media. Varios carruajes forman en fila delante del hotel de Cuissage. Dos ó tres transeúntes se detienen y escuchan. Una mujer de mundo y de bonita voz, canta la romanza de *Carmen*:

Si tú no me amas, yo te amo.

Y si me amas, ten cuidado.

En la antesala del hotel, los lacayos esperan á sus señores y á sus señoras.

Hay entre ellos cinco ó seis mocetones, que parecen granaderos, coloradotes, satisfechos por debajo de la librea. Un antiguo lacayo de los pedestres, apoya la cabeza en un tapiz de Beauvais, y escucha, con aire de hombre hastiado, los ecos melodiosos del salón.

Entra un muchachote barbilampfiño, de fisonomía abierta, algo engreída y aspecto de salud envidiable, con unos pies de setenta centímetros:

—Buenas noches, señores.

—Hola, Bautista.

Todos.—Buenas noches, Bautista.

Bautista.—¿No ha preguntado por mí la señora?

Juan.—Aún no.

Bautista.—Ledru, el cochero, ha echado una copa de más y á las once no estaban enganchados los caballos.

Julio.—Has perdido la romanza de *Carmen*.

Bautista.—¡A Dios gracias! De esa y de la que canta la baronesa Rothschild.

Si nada tiene que decirme,  
¿por qué viene á mi lado?

les juro á ustedes que estoy hasta el cogote.

José.—¡Si sólo lo estuvieras de romanzas, no estarías tan orgulloso! (Todos se ríen.)

Bautista.—No estoy orgulloso, soy feliz nada más.

Julio.—¿Sigues con la princesa?

Bautista.—Siempre. Esa mujer me quiere de veras. Me ha bordado una petaca con mis iniciales.

José.—Es una bella persona. (Dirigiéndose al viejo lacayo.) ¿Verdad, Sr. Guillot?

El Sr. Guillot (con negligencia).—Sí, es mujer de efecto, pero tiene los dientes algo defectuosos.

Bautista.—Se lo he dicho más de una vez. Princesa, ¡tienes que arreglarte el dominó! Me ha prometido ir á casa de ese pillo de la calle Laffite, que arregla el teclado de las mujeres con extracto de rinoceronte.

Julio.—Es lo único que le falta, pero en cambio... ¡qué ojos!, ¡qué caballería!, ¡qué hombros!

Bautista.—¿Y á ti no te dice nada la patrona?

Julio.—Es una mujer de gustos muy particulares... ó quizás he llegado algo tarde... La señora se arregla con el vidriero.

Isidoro (un lacayo inmenso, de ojos abiertos á punzón y mejillas hundidas).—¡La mía con el cochero!

José.—Los cocheros nos hacen mucho daño.

Isidoro.—Siempre ha tenido más éxito la caballería que la infantería.

José.—Las carreras pierden á las mujeres... y todas esas cochinas. No conciben al hombre más que á caballo.

El Sr. Guillot.—Dígame, Sr. Isidoro, ¿no ha tenido usted nada con la condesa Malthusinskig?

Isidoro.—Hace dos meses que me echa el ojo, pero desconfío de las extranjeras desde que la princesa Boursikoff me puso enfermo.

Bautista.—¿Y usted, Sr. Adolfo, ¿qué tal anda eso?

Adolfo.—Nada se puede hacer con la señora, una burguesa, una advenediza. Las señoras con título gustan de sus criados; pero las burguesas quieren hombres con título, ¡gomosos que las comprometen por todas partes, leyendo sus cartas en los cafés!

Julio.—¡Ay! En estos últimos tiempos andamos los lacayos de desgracia... La señora de Stearl se ha dejado pescar con su ayuda de cámara en el invernadero de su hotel de Passy... Su marido se conmovió tanto que se ha pegado un tiro.

Juan.—Es una desgracia para ese hombre, pero, por otra parte, nos ha evitado una publicidad siempre molesta.

José.—¡Ay! ¿Quién nos librará de los periodistas? ¡Qué ralea! Con esos emborronadores de papel, pierden pronto su reputación una mujer de mundo y su criado. Cuando yo estaba con la marquesa de la Girona, había un reporter de tres al cuarto que iba todos los martes á husmear el salón con su cuaderno de notas; yo le dije: «Oiga, amigo, si es usted indiscreto con mi querida, ¡tendrá que entendedsela conmigo!» ¿Saben ustedes lo que me contestó? «¿Tu querida? De un mes para acá hace sus planchas en mi cuarto...» ¡Si señores, ese tipo me la pegaba!

Todos.—¡Oh, las mujeres!

Adolfo.—Si ustedes me encuentran una colocación en la nobleza, dejo á mi burguesa... Ahora anda con un papanatas que se bebe el vino del señor. Es un joven que necesita sus tres litros cada noche. Y la señora le cuida, ¡hay que verlo...! él la debe más de sesenta mil francos.

El Sr. Guillot (el viejo lacayo).—¡Ay, hijos míos!, yo he visto cosas más gordas. A casa de la baronesa de Horbach, iba el príncipe de San Horacio... Le hizo dos hijos á la señora. El barón entabló un proceso repudiando la paternidad... Entonces la señora se largó á Inglaterra con el príncipe. Ese pájaro le comió más de doscientos mil francos en diamantes.

Julio.—¿Un príncipe verdadero?

El Sr. Guillot.—Uno verdadero de verdad, pero sin un cuarto. Esas gentes son como nosotros, generosas cuando tienen dinero, despiadadas cuando no tienen con que pagar un plazo. Sobre todo, ahora que los sastres y los camiseros no se fian en el rico matrimonio que se espera siempre... y que no llega más que una vez de cada diez. Presentan la cuenta y hay que rascarse...

Julio.—Un criado les sale de mejor cuenta á esas señoras y corren menos riesgo. El criado está allí todo

el día, es cómodo. Si se aburre la señora, no tiene más que sonar la campanilla para pasar un buen rato. Los amantes de fuera necesitan encontrar pretextos para entrar en la casa, se nota pronto, y el marido desconfía.

El Sr. Guillot.—No es eso sólo. Los señores pasan las noches en el círculo, cenan con actrices ó con *cocottes*... Una mujer quiere á su hombre para ella sola. Sabe muy bien que el criado no ha de enganarla con una chica del teatro. No tiene para qué pasarse las noches en la ventana, levantando la cortina á fin de ver si el amante vuelve la esquina de la calle. Sabe que está allí, en el pasillo ó en la despensa. Esa es la felicidad.

Bautista.—D. Juan hablaba hace poco de los escándalos de estos tiempos. ¿Son culpa nuestra? Las señoras cometen imprudencias... La otra noche daba la última mano á la mesa para empezar á servirla... ¡Pues bien! Cada vez que me acercaba á la princesa me pellizcaba en el muslo... Una vez tuve que gritar ¡ay! y de poco se me cae la fuente; la princesa se reía como una loca... Cuando serví los postres le dije: «¡Me la has de pagar!»

Juan.—¡Usted, Sr. Guillot, si que tendrá aventuras que contarnos!

El Sr. Guillot.—Sí, algunas... Tengo un hijo del *Jockey-Club* y otro en la Peña. El vizconde de Monteflorido, ese que tiene los pies tan grandes como Bautista...

Juan.—¿Sí?...

El Sr. Guillot.—Es mi hijo mayor. Cuando le ven pasar en el Bosque me conmuevo. Hete ahí un muchacho con *chic*. Anduvo con la marquesa de Octubre. Sólo ella sabe lo que le costó... Después de esa, se enredó con una exbailarina que se casó con un príncipe ruso... y la dejó por una princesa rusa que se casó con un exbailarín. Una noche, yo estaba entonces en casa de lady Brompton, me dijo:—Guillot, toma cinco luises, dale esta carta á tu señora... ¿Comprendes?—Sí, señor vizconde.—¿Pero no tomas la propina?—No, señor vizconde. Guárdese el dinero. Estoy bastante bien pagado con serle útil.—¿Me quieres bien? dijo riéndose.—Sí, señor vizconde, ¡me echaría al fuego por usted!—Desde ese día, cada vez que me encuentra me hace una leve inclinación de cabeza... ¡y eso me llega al corazón! Siento que no voy á poder contenerme. El mejor día le abriré los brazos, diciéndole: ¡Soy tu padre!

Juan.—No haga usted eso, ¡le repudiaría!

El Sr. Guillot.—Mucho me lo temo... Y además, acusaría á su madre, y no me gusta el ruido. Así que me callo... pero sufro.

Julio.—¿Cómo logró la primera mujer?

El Sr. Guillot.—¿La primera?... ¡Ah! Fué una revelación. Tenía yo 20 años. Acababa de entrar en casa de la condesa de las Tres Torres, una hermosa rubia. El conde era un hombre gastado... Necesitaba muchachas jovencillas. ¡Dios sabe lo que le costaban! Y la señora condesa bostezaba que era un horror. Una tarde, era en el mes de Mayo, lucía un sol soberbio... La señora respiraba el aroma de las lilas de su jardín... De pronto, se vuelve hacia mí y me dice:

—¿Estás bien en tu cuarto, muchacho?

—Sí, señora condesa.

—Te han puesto en el quinto piso ¿es cierto?

—Sí, señora.

—¿Hay una ventana?

—No, señora, la claridad entra por el tejado.

—¡Anda! Eso debe ser curioso. Quiero ir á verlo.

¿Tienes la llave?

—Sí, señora.

—Pues ven conmigo y no hagas ruido...

Ya estamos en mi camaranchón.

—Quita la llave—dijo.

Y se pone á mirarme la ropa blanca, mis cosas.

Al cabo de un instante:

—¡Uf! Que calor hace aquí. Me da ganas de dormir... Si durmiera en tu cama... ¡Sería curioso!

Yo estaba encendido como una brasa. Ella se quitó la ropa y me preguntó:

—¿Me encuentras bien formada?

—Oh, señora... es usted muy hermosa... (*Suspirando*.) Tuvimos una hija, que por desgracia murió en casa de la nodriza. Impresionada por esa desgracia, la señora condesa me sacrificó á un pianista alemán... ¡Era antes de la guerra!... A partir de entonces, dejé de ser tímido y no me fue del todo mal. Siempre me tido en los cuartos de tocador, más de una vez no me han dejado salir... Hasta los 39 años he usado tarjetas que decían así:

ARSENIO GUILLOT

LACAYO.

Celeridad, discreción,

John (uno de los *grooms*, interrumpiendo al señor

Guillot).—*Cuando tengue años, goddam, tambien llamare yo la atencion.*

Julio.—¿Quieres callarte, títere?

John.—¿Por qué títere? Yo tenía fifteen years... y la señoguita Yustina, la donsellá llamaba mi su pequeño hombre.

José.—¿Ya?

John.—¿Qué? Mi hermanita Isabel, to London, trabacaba á ten years... dies años, yes, señor, dies años... y en Haymarket.

El Sr. Guillot.—¡Bonitas costumbres hay en tu país!

Un lacayo de la casa, llamando en el pasillo:

—¡El coche de la señora baronesa de Cambouis!

José.—¡Qué suerte! Nos vamos á acostar temprano.

El lacayo, reapareciendo:

—¡El coche de la señora princesa de Mamilia!

Bautista (aparte, al ver á la princesa).—¡Qué hermosa está esta noche!... Siempre que su marido no nos pesque!

AURELIANO SCHOLL.

## NOCTURNO.

Dice la noche, murmurando al día:  
Porque me ves envuelta en negros tules  
Y no tienen mis alas la armonía

De tus alas azules,

¿Me desprecias infiel y horror te inspiro

Sabiendo, como sabes, que te adoro,

Y en pos sin tregua de tus pasos giro

Asida al fleco de tu manto de oro?

¡Oh! baja altivo desde el monte al prado,

Crezca invencible tu aversión injusta;

¡Si tu azul es sagrado

Mi tristeza es augusta! ..

Tu cantas con la luz de la alborada

Y el radiante esplendor del medio día.

«¡Amaos hasta el fin de la jornada!»

«¡El sol es la alegría!»

Más cuando de terror sobrecogido

Huyes borrando tus rosadas huellas,

Yo murmuro en las ondas y en el nido

Con el salmo sin voz de las estrellas:

«Compadeced, acaso en este instante

Hoy sucumbe de hambre y de fatiga

Y hace mal á la causa del gigante

El odio de la hormiga.

Al espléndido sol de la luz dueño

Sigue la sombra que en la noche impera

Y nadie sabe al entregarse al sueño

La suerte que le espera!»

Nuestro canto es igual, lumbre preciada

Que aborrece mi lóbrega envoltura,

Y el cándido sonreír de tu alborada

Piensa lo mismo que mi sombra oscura.

Envueltos en tus vividos fulgores

O cobijados por mis tristes velos:

«¡Amad! dicen los astros á las flores;

«¡Amad! dicen las flores á los cielos;

Que desde el risco en la encumbrada sierra

Hasta el acorde en la sonante lira,

Cuanto existe en el cielo y en la tierra

En el amor universal se inspira.

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ.

## COMUNISMO Y COLECTIVISMO.

CARTA ABIERTA.



as encontrado insuficientes, mi querido Antonio, los argumentos que yo empleaba en mi anterior carta, dirigida á tí, por lo que al colectivismo respecta.

Conforme contigo en que en el terreno de las ideas el comunismo moderno es eminentemente superior al colectivismo; como que éste, á pesar de proclamar por completo la abolición de la propiedad privada de la tierra y demás instrumentos de trabajo, mantiene intacto el interés, causa de todos los crímenes y perturbaciones sociales que en la actualidad existen, y lo mantiene intacto al sostener el principio de *á cada cual según su esfuerzo*, cosa que trae forzosamente la retribución del trabajo individual mediante Bancos de trabajo, que vienen á ser similares, al menos en sus efectos, al dinero y á las monedas actuales.

Y el socialismo, cuyo fin primordial es la instaura-

ción de la verdadera paz, igualdad y libertad, no en teoría, sino en la práctica, no puede autorizar en manera alguna la existencia de instituciones que vengan á perturbar y á hacer impracticables esos tres grandes principios; é impracticables se hacen mientras haya lo mío y lo tuyo, y el trabajo entrañe otro interés que no sea la satisfacción de todas cuantas necesidades orgánicas tenga el individuo.

Pero una cosa son los grandes ideales de justicia, bajo el punto de vista teórico, y otra, y muy distinta, su aplicación á la práctica. Ya ha definido este fenómeno social el sabio y profundo Salmerón, diciendo que *para reformar es preciso tener la vista puesta en lo ideal, aunque sin dejar de adaptarlo á la realidad presente*. Y el gran sociólogo inglés Jeremías Bentham dijo que *por suficientes que en sí sean los motivos, nunca se llegará al fin deseado sin los medios necesarios*.

Por eso, para ingerir en la práctica ideales nuevos, necesitamos ir poco á poco y preparar con unos el terreno para aquellos que más se distancien del orden social presente.

¿Y no comprendes que el comunismo es, en absoluto, antitético con el régimen actual, basado en la injusticia, en el privilegio, en la ley del más fuerte, en la ociosidad y en la rapiña?

¿Qué sucedería, si tras la futura Revolución social quisiéramos ir tan lejos que implantásemos de golpe y porrazo el comunismo?

Que como las costumbres no están preparadas, ni mucho menos, para esas benéficas instituciones sociales, seguiríase una perturbación horrible, nadie trabajaría lo necesario, por que consecuentes con los perniciosos hábitos de explotación y de engaño que en todas las esferas dominan, y como tendrían todo lo necesario para la existencia, los vagos dominarían, y de aquí entronizaríase una crisis que no dejarían de aprovechar los enemigos de lo nuevo para tratar de volver al régimen de la desigualdad y de la explotación.

De acuerdo contigo que no hay parto sin sangre y que todas las instituciones nuevas son susceptibles de perturbaciones. Pero desengáñate, Antonio, que las perturbaciones que nos trajese el paso violento de las instituciones actuales á las comunistas, en las que quedasen abolidas la propiedad y la moneda, no serían comparables en manera alguna á esas otras perturbaciones que por el momento las Revoluciones ocasionan.

Dices que el colectivismo, al implantarse, también causaría conmociones violentas.

Convenido; pero esas conmociones que la implantación del colectivismo ocasionara, no serían, ni con mucho, de un carácter tan grave como las originadas por el sistema comunista. Al abolir la propiedad privada, el colectivismo llenaría una necesidad social hondamente sentida, porque hoy, no lo dudes, la causa de todos los males que en la sociedad se sienten, la penuria que nos rodea, el que unos coman hasta el hartazgo y otros, los más, hasta llegar á la inanición más espantosa y á la miseria más extrema, es debido á que una minoría posee la mayor parte de las riquezas y la mayoría, por más que trabaje y se afane, nunca sale de la escasez y de la carencia más absoluta de todo recurso.

¿Qué importa, pues, para lo que á conmociones sociales se refiere, que la abolición de la propiedad privada lesionase los intereses de la minoría, si los de la mayoría se beneficiaban?

En cambio, aunque la abolición de la moneda y de los bonos de trabajo viniesen á hacer prevalecer en la sociedad un principio de justicia y una reforma de trascendentales consecuencias para la causa de la igualdad, de la libertad y del derecho, no es una mejora social tan hondamente sentida como la instauración de la propiedad colectiva de los bienes inmuebles, para que cada cual disfrute el producto íntegro de su trabajo.

Con esta reforma instauraríase el derecho al trabajo, á fin de que todos, sin excepción alguna, sólo con su esfuerzo, pudiesen obtener aquello que para su vida necesitaran, cosa que en la actualidad no sucede ni con mucho.

Y esta reforma, que se afirmaríase más y más por su propia virtualidad y por la transcendencia social que en sí entraña, haría otro beneficio incalculable: el de preparar á los hombres para que se extingan en ellos los instintos de vagancia y cada uno escoja la profesión para que haya nacido y sea más de sus gustos y aficiones.

Con esto podrá implantarse en toda su pureza el comunismo, aboliendo el interés; porque entonces ya no habrá al temor de que la falta de trabajo y la extinción del estímulo traigan una grave, gravísima, crisis de carácter social, poniendo en peligro todos los intereses de la civilización y del progreso.

Sin embargo de las razones que en pro del colectivismo accidental acabo de exponer; sin embargo de que creo haberte probado que del colectivismo al sistema burgués actual hay un abismo; á pesar de que tú, en mi concepto con alguna pasión y sin reflexionar mucho en ello, digas que para la implantación del co-

lectivismo no vale la pena de salir de la burguesía, entiendo yo, y conmigo todos los socialistas colectivistas que en lo íntimo de su ser rindan culto al ideal, por muchos radicalismos que en sí entrañe, que en la Revolución que se avecina debemos ir con ella, aun cuando proclames en el acto esos principios comunistas que á tí tanto te entusiasman, y que sin duda no estás tú más enamorado que yo de ellos.

Tiramos los verdaderos socialistas hasta el comunismo, repito, porque estamos seguros de que si nos equivocamos y la sociedad se encuentra preparada para este sistema, implantado sería; y si no, aun los comunistas más convencidos y entusiastas se unirían á nosotros para sostener el colectivismo.

No me han asustado nunca, ni me asustan, los radicalismos, por muy extremados que ellos sean.

Tras de la tempestad viene la calma; y tengo la seguridad íntima de que, por muy utópicos que sean los ideales proclamados por la Revolución, arraigarían en la sociedad y adelantarían mucho para ser ingeridos en la práctica.

Los verdaderos socialistas debemos fiarlo todo en la Revolución y en la propia virtualidad de las ideas mismas.

RAFAEL DELORME.

## TRES ALBAÑILES HERIDOS.

( PUEDE EL BAILE CONTINUAR. )



ADA más elocuente que el tristísimo relato que hacé *El Imparcial*, de la nueva desgracia ocurrida á esos eternos explotados por la burguesía imperante.

Dice así el popular diario:

«Ayer, á las nueve de la mañana, ocurrió un sensible accidente en la calle de Espoz y Mina.

En la casa núm. 40 de dicha calle se están haciendo obras de reparación, y con este motivo habían puesto un andamio cerca de la cornisa del piso principal.

En el andamio se hallaban trabajando dos operarios. De pronto, una de las cuerdas que lo sujetaban se rompió, cayendo aquéllos al suelo.

El tablón que formaba el andamio fué á caer sobre otro albañil que se hallaba en la acera.

Este último, llamado Vicente Coronado, de 42 años de edad y natural de Barajas (Madrid), resultó con el pie derecho fracturado y con graves lesiones en el pecho y la espalda, y de los dos que había en el andamio, uno de ellos, Luis de la Banda, casado y natural de Illescas, con una herida contusa en la cabeza y otras lesiones en el tronco, todas graves, y el otro, Faustino Rojas, de 37 años, casado, con una luxación en el pie derecho y contusiones en distintas partes del cuerpo.

Los tres padecían conmoción cerebral.

Inmediatamente fueron conducidos á la Casa de Socorro del distrito los heridos, á los cuales practicaron la primera cura los médicos de guardia, Sres. Treveles, Horma y Soler.

De la Casa de Socorro pasaron los heridos al Hospital Provincial.

Vicente Coronado, que tiene cuatro hijos, habita en la calle de Morejón, núm. 4 (barrio de Bonaplata), y Faustino, que tiene hijos también, vive en la calle de Labrador, núm. 22.

Según se decía, la causa de este accidente ha sido la mala calidad de las cuerdas empleadas para sujetar el andamio.

Hasta las cuatro de la tarde no llegó al juzgado de guardia el atestado que instruyó con motivo de este suceso el delegado del distrito.

Constantemente están ocurriendo accidentes de esta clase, que tantas víctimas ocasionan, sin que nuestras autoridades, demasiado activas y celosas cuando no lo es menester, acaben de poner remedio á semejantes daños.»

Hay sucesos que no escandalizan tanto como los crímenes de la miseria, aunque son más temibles y más sombríos por ser crímenes de la avaricia que escapan á la acción del Código, aunque clamen justicia con sorda y angustiada voz.

Pero, ¿de qué se trata? ¿Valen la salud y la vida de tres infelices, la pena de que fijen en ello su atención los hombres de Estado?

Lo que dirá Azcárraga:

¡Qué le hemos de hacer, así es la vida! Por lo demás... que enganchen, voy á ver á mi piadoso confesor, quien hallará modo de que continúe en el Gobierno Navarro Reverter. ¡Es necesario sortear á la Iglesia y al Estado, poniendo un pie en lo temporal y otro en lo eterno!

—Eso, eso, *sortear* y que continúe el baile.

¡Usque tandem...!

J.

## RUPERTO CHAPÍ.



DE los músicos españoles contemporáneos es, sin disputa uno de los más inspirados, desde luego el más popular, el maestro Chapí, cuyo retrato va al frente de estas líneas. Su música, en la que la originalidad y la frescura nótanse siempre, tiene además el secreto de satisfacer á inteligentes y profanos, porque ni es tan ligera que prive á los iniciados de las deliciosas aunque enrevesadas bellezas de la música armónica, *desideratum* de los *dilettanti*, ni tan honda ó sabia, como *dicen ahora*, que no se la lleve en el oído todo el que la escucha, y la repita y difunda regocijado.

A esto y á su pasmosa fecundidad debe los éxitos y la popularidad de que goza el maestro Chapí.

El género chico, que lleva el poder de su imán hasta los artistas grandes, hizo también presa en Chapí, que ha producido en poco tiempo más de veinte obras de ese género; pero hay que confesar que por ésto no prostituyó nunca su inspiración y su talento poniéndolos al servicio de ideas musicales de baja estofa, ni dejó de consagrarle atenciones y cuidados al género grande, donde tiene puestos sus amores de artista.

Prueban lo primero: *La Czarina*, *El Cortejo de la Irene*, *Las Campanadas*, etc., etc. Y de su amor al gran arte hablan con elocuencia: *La Tempestad*, *La Bruja* y *Mujer y Reina*.

También serán prenda segura de la misma lisonjera opinión las obras *Margarita la Tornera*, *Los hijos del Batallón*, *La Virgen de Piedra* y *La Soledad*, que han de estrenarse en la presente temporada en Parish, y en las que seguramente lucirá el genial maestro todos los tesoros de su brillante é inagotable inspiración.

Como testimonio de la admiración que el ilustre maestro nos merece, honramos las columnas de GERMINAL con su retrato.

J. P.

## LAS QUINTAS.

CARTAS Á UN AMIGO.

III.

DESEAS saber, amigo Antonio, qué haría yo en el caso de que el Gobierno hiciese un llamamiento á las filas á los soldados de mi cupo.

Mi opinión vale poco; nada pesa. No puede hoy influir en la masa popular y sé que exponerla en público equivale poco más ó menos á exponerla en particular conversación.

Y cuenta que no lo digo, como otros, por hacer alarde de modestia, que en este caso parecería afectada; digo sencillamente la verdad. Mis opiniones no pueden tener otro mérito que el de ser difundidas en un periódico de la popularidad de GERMINAL y el de ser buenas.

Pero que yo carezca de autoridad y de nombre, no es obstáculo para que deje de pelear por una causa que me parece en extremo halagadora y bondadosa, y convencido estoy de la ineficacia de esta campaña si no salen al palenque más elocuentes mantenedores, que sí saldrán, porque ya pasa de castaño negro (no siempre ha de ser obscuro), lo que está haciendo este Gobierno desdichado con este desdichado país.

Y como estas conversaciones son casi familiares, aunque se hagan públicas, no creo que pueda ni deba excusarme de dar mi opinión, ya que así lo solicitas, en asuntos tan graves y trascendentales como los presentes y en los cuales se ventila una cuestión de vida ó muerte entre el pueblo y el régimen monárquico.

Ante la actitud de un Gobierno que exige el sacrificio de las ideas, del dinero y de la vida (no exigirá más un salteador de caminos), por salvar un honor mal entendido, te digo estimado Antonio, que jamás estaré al lado de esos gobernantes, que siempre me verás enfrente, agitando la opinión en su contra, combatiéndolos con todas las energías de mi espíritu, obstruyendo la realización de sus planes, presentándolos como monstruos, lo mismo bajo la forma monárquica que dentro de una institución republicana.

Si nuestra incorporación á las filas se hiciese necesaria, no sé qué haría en momentos tan críticos. Puede que me incorporase, puede que no, por no transigir con lo que repugna la conciencia.

No te extrañe lo enérgico de la revelación. Los

hombres amamantados en los principios de los enciclopedistas y por ende revolucionarios de abolengo estamos obligados á manifestar nuestras creencias con entera independencia, y si por ello se nos denuncia, persigue y encarcela, ya pueden nuestros implacables perseguidores armarse de paciencia, que tienen para rato con nuestra campaña.

Esta gente, como ves, es insaciable, lo mismo de dinero que de hombres.

Hicieron público alarde de una fuerza que no tenían, pensando en que la guerra iban á terminarla por las armas. ¡Baladronadas monárquicas! Ya ves qué trazas lleva de acabarse, tomándonos el enemigo una población, Victoria de las Tunas, después de quince días de sitio.

Se han creído los más fuertes, los más numerosos, los mejor disciplinados. Negaron todo asomo de reforma creyendo asegurada la victoria, y convencidos hoy de su impotencia, tratan de aplicar la autonomía de las colonias. Unas reformas por que abogaban los hombres del partido federal hace treinta años.

¿No te parece que están acabando por donde debían haber empezado? ¿No crees que si hubiesen hecho esto al estallar la rebelión, habría quedado sofocada en sus comienzos? ¿No se habría ahorrado entonces la vida de seres muy queridos y el dinero que tanta falta nos hace para cubrir más apremiantes necesidades?

La mayoría de los prohombres que más se significan en los partidos conservador y liberal, han aceptado la autonomía para Cuba, no porque la crean eficaz para el término de la guerra; unos la han aclamado por imposiciones de las circunstancias, otros por seguir las inspiraciones del jefe, como si, faltos de raciocinio, hubiesen de transigir por todo aquello que le parezca plausible al pontífice.

Y estos hombres se las dan de importantes, y ocupan los primeros puestos en la gobernación del Estado, y han estudiado á fondo los más difíciles problemas, y se pavonean con el título de estadistas.

Todas estas cuestiones trilladas y discutidas en nuestras Asambleas desde tiempo inmemorial, pasan como teorías nuevas para esos incautos que se creen los únicos iniciadores de ellas.

Y no es esto lo malo, sino las infinitas persecuciones que hemos pasado todos en no muy lejanas épocas por defender estas y otras ideas que han juzgado perniciosas y utópicas.

¿Tú crees, cándido Antonio, que estos gobernantes, desean que nuestras luchas coloniales cesen? Pues te equivocas. Están interesados en continuarlas. De otro modo se acabaría el negocio.

No hace mucho tantearon la opinión para ver en qué disposición de ánimo se hallaban las reservas. Surgieron algunos chispazos, precursores de un inminente alzamiento, en distintos puntos de la Península, y el Gobierno, con muy buen acuerdo, se echó atrás y no quiso seguir por ese camino. Sabe que en las reservas hay hombres inteligentes, avezados á la lucha por la vida, casados y con hijos en su mayoría, hombres que no irían al matadero fácilmente, hombres que exigirían muy pronto al Gobierno cuenta estrecha de sus arbitrarias disposiciones.

Por eso piden hoy esos gobernantes una nueva

quinta de 100.000 hombres, es decir, de 100.000 niños, de niños imberbes, sin pelos en la cara, desconocedores del mundo y de las intrigas de la política, autómatas de todas las pasiones, flexibles á todos los embates, instrumentos dóciles de los verdugos políticos.

Sus mismos hombres han puesto á la monarquía en situación tan difícil y embarazosa como estaba aquel amante á quien su novia, niña antojadiza y caprichosa, le decía:

No quiero que te vayas,  
ni que te quedes;  
ni que me dejes sola,  
ni que me lleves.

Las guerras de Cuba y Filipinas, la amenaza del carlismo, el conflicto con los Estados-Unidos, un Tesoro sin un céntimo y empeñado en más de 5.000 millones y 100.000 españoles menos, es el legado que nos deja la presente situación á los hombres del porvenir.

FRANCISCO MACEÍN.

## DE STECCHETTI.

I.

Beatas solteronas maldicientes  
que al mirar un escote murmuráis  
y de la piel del prójimo tiráis,  
con la intención, las uñas y los dientes.

Cerrad vuestro balcón y no imprudentes,  
las leyes de la vida sorprendáis.

Vuelve Abril, y seguro es que veáis  
lascivias de las cosas y las gentes.

¡Cerrad los ojos ya! Vuelven las flores  
con que harán las hermosas su tocado  
y brindan sus lujurias los amores.

¡Cerrad, cerrad mi libro escomulgado,  
porque brillan en él incitadores:  
Abril, las pecadoras y el pecado!

—x—

II.

(EBRIO.)

Somos los sacerdotes de Epicuro;  
nuestro altar, es la mesa abastecida  
y á Baco nuestra ofrenda dirigida  
va con el fruto de la vid maduro.

Friné, enseñando su contorno puro,  
nos muestra los misterios de la vida;  
y á la de Pafos Diosa enardecida,  
damos los besos del deleite impuro.

La risa es nuestro rito. No anhelamos  
la conquista del cielo fatigosa  
para aburrirse en él eternamente.

Nosotros las tristezas ahuyentamos  
en los amantes brazos de una hermosa  
y jurando y bebiendo alegremente.

J. JURADO DE LA PARRA.

LA DIGNIDAD OBRERA  
EN EL TALLER MADRILEÑO.PARA J. ALVAREZ Y REYES,  
tipógrafo de la Impr. de Fortanet,

A PENA confesarlo: el taller madrileño no es socialista. Para cerciorarse de ello basta un segundo, la ojeada de un espíritu medianamente observador. Cuando se ve que los obreros vuelven la cabeza á los lados, temiendo siempre el acecho del amo; cuando se inclinan hacia el banco de trabajo al encontrarse sus miradas con las del principal, y no se atreven á respirar con libertad sino cuando la odiosa silueta del explotador desaparece á sus ojos, ya se puede deducir con plena seguridad de acierto que la propaganda socialista no ha encarnado en el taller.

Porque el odio á los amos que se adivina tras la humildad aparente y el respeto fingido, no es más que el temor instintivo de la bestia hacia el mayoral que la maltrata. En el fondo del obrero madrileño hierven no han de hervir! odios, que son fermentos de dolores, pero odios esfumados que aún no han cobrado forma, que sólo se traslucen en el desamor hacia la manufactura producida, en el robar minutos al trabajo, en el corte de mangas al patrono que se aleja, y que halla su consecuencia lógica en la inferioridad in-

dustrial de nuestro país, una de cuyas causas fundamentales es, aunque parezca extraño a nuestra majadera burguesía, en que nuestras masas trabajadoras arrastran su vida a semejanza de los solipédeos de carga, sin otro ideal que ir esquivando el lomo a los latigazos del arriero.

A no haberlo visto, jamás me hubiera figurado el grado de dignificación que alcanza el obrero cuando la idea socialista invade una fábrica. El hombre que hace unos meses era presa de un terror invencible al sentir la mirada del amo, una vez socialista la arrostra cara a cara. Ya no es la bestezuela temerosa que esconde la faz tras las herramientas; es el productor que aguarda la llegada del vago para encender tranquilamente su cigarro.

El mismo odio hacia el explotador se ha ennoblecido. Sabe que es su enemigo, y está siempre dispuesto a declararle la guerra de la huelga para no tolerar un abuso, ni una grosería del capataz, ni un robo en el salario o en la jornada de trabajo; pero su odio no es ya un odio personal del ofendido contra el ofensor.

Su odio es enemigo implacable hacia la colectividad; mera enemistad política respecto del individuo.

Entremos en una fábrica parisien ó belga. Colguémonos del brazo del principal y en marcha! Primeramente atravesamos las oficinas. Aquí y allí se deshacen a nuestro paso corrillos de ajustadores de números, que sombrea la expresión de su rostro. ¡Vaya! Apostemos a que se contaban los detalles de una aventura picante. El uno oculta ó pisa un cigarrillo, pues en las oficinas extranjeras suele ser costumbre la prohibición del uso del tabaco. El otro esconde debajo de la carpeta la novelilla que alternaba con su ocupación estúpida. El de más allá estruja con las manos el papel que llenaba de monigotes. Nuestros oficinistas tienen la cara más seria que un ahorcado. Mientras desfiliamos no se oye una mosca. Sólo el correr de las plumas sobre los libretos interrumpe el solemne silencio.

Es que esa parte de la fábrica no es socialista. La burocracia compuesta de miserables pagados con mil francos al año no es socialista. Es general en ella la prevención imbécil contra las blusas. Además, los jóvenes explotados del escritorio creen en la leyenda de las hijas del severo principal casadas con el honrado tenedor de libros. Son plantas de invernadero criadas en el falso ambiente de las familias tontas, con vistas de hilo é interiores de cáñamo. La oficina extranjera ofrece el mismo aspecto moral que un taller madrileño. Sus resultados materiales son idénticos. El patrón necesita tres empleados para obtener la tarea que uno solo pudiera realizar trabajando á conciencia.

Pero entremos en los talleres y la cosa varía. Vemos por aquí á un obrero, que exclama en alta voz: «¡Tiene! ¡la l'patron!» y empieza á cantar el último couplet socialista; otro suelta las herramientas y se limpia el sudor con una calma estoica; no falta quien dé un empujón más ó menos intencionado á su principal y se sonría al excusarse, ni quien le ofrezca su *blaque de tabac* con un compañerismo encantador. Los señores patronos se guardan muy mucho de tutear á los señores proletarios. En cambio, si se acercan para examinar su trabajo, saben muy bien que no han de quedar descontentos del de los más caracterizados socialistas. Es que el ideal, al mismo tiempo que dignifica al hombre, le hace comprender que debe merecerlo para alcanzarlo; y el obrero, que aspira á la supresión de los patronos, comienza por no necesitar que le aguijoneen para cumplir su obligación.

Y de ahí resulta que el mismo patrono que gasta su dinero en las elecciones para combatir al candidato socialista; que en las reuniones del comité se pone hecho un energúmeno en fuerza de injuriar al socialismo, y que por nada del mundo consentiría en admitir en su escritorio á un empleado cuya carencia de ideas no le sea completamente conocida, proteja muy especialmente en su taller á los socialistas más decididos; son sus mejores obreros, y no le tiene cuenta que se vayan á la fábrica de enfrente.

Algo parecido comienza á suceder en nuestros talleres madrileños. También por aquí los mejores operarios son socialistas. En la imprenta donde se escriben estas cuartillas se puede comprobar, si no comprobara mi afirmación la experiencia de todos los días; pero la masa de obreros, ya lo hemos dicho, tanto sabe de socialismo como de las Encíclicas del Papa, y á esa ignorancia, no á otra causa, se debe el espectáculo repugnante que presentan nuestros talleres, donde los obreros no se ocupan más que de lamer la mano que les pega para evitar nuevos golpes. Se dejan tutear, consienten la injuria y el azuzamiento, y á veces hasta las bofetadas. ¡Qué más! Hemos visto un taller de más de 50 obreros vitoreando á su principal porque en el día de su santo se permitió éste el lujo de repartir algunos litros de un vino más ó menos venenoso. ¡En seguida hace otro tanto un grupo de operarios franceses!

Es muy cierto que la propaganda del socialismo no es tan fácil en nuestros talleres de tres operarios como en las fábricas extranjeras, donde se explotan los hombres por rebaños. El socialismo se propaga en la gran industria como los pinos en el suelo arenoso; es su te-

rreno propio. Sin embargo, no faltan en Madrid talleres en los que es bastante considerable el número de trabajadores. ¿En qué consiste que está tan atrasada la propaganda del socialismo? A nuestro juicio, son causas muy principales las siguientes:

En primer lugar, nosotros los escritores socialistas tenemos mucha parte de culpa. Los periódicos españoles que defienden nuestra noble aspiración sólo se han ocupado de cuestiones meramente doctrinales, y á excepción de los escritos que publica *La Lucha de Clases*, de Bilbao, pocos artículos socialistas se han escrito con el propósito de hablar al corazón y á la cabeza del obrero, amoldándonos á su inteligencia, ayuna de cultura, y dando expresión á sus aspiraciones íntimas, esas aspiraciones que el obrero no ha sabido aún formularse con entera claridad.

Y parte de culpa tienen asimismo los obreros socialistas. La mayor parte de ellos, debido á su superior inteligencia, ocupan puestos preferentes en el taller; cuando menos, no suelen ser los más desgraciados. Entre ellos, que leen, que comentan y que discuten, y sus compañeros, que no discuten más que los pases de Reverte, media un abismo intelectual. A las veces sienten la necesidad de propagar sus ideas, pues no ignoran que sólo cuando sean compartidas por los más estarán en condiciones á propósito para poder convertirse en realidades; pero en cuanto se replica á la exposición de su ideal con un chiste ó con una salida de pie de banco, suelen abandonar su apostolado.

Pues bien; es preciso que escritores y obreros nos enmendemos un poco. Los primeros hagamos lo posible por llamar al pan pan y al vino vino, y dejarnos un poco de disquisiciones doctrinarias para ocuparnos algo más de la carne, de la casa y del salario del obrero.

Y tengan presente los obreros socialistas que ni en una hora se ganó Zamora, ni se saca un espíritu de las copas de aguardiente, los volapiés de Mazzantini y los palos á la mujer, para transportarlo á las serenas regiones del socialismo en un abrir y cerrar de ojos.

Trabajemos todos con fe, con constancia, y no ha de pasar mucho sin que veamos dignificarse á nuestros obreros. Ya es hora de que comiencen á erguir las frentes.

ROTUNNEY.

## RÁPIDA

*Cuando me excomulgó el obispo de Mallorca, me regocijé profundamente.*

*Excomulgados están Zola, Sudermann, Ibsen, Tolstoi y otros cien mil.*

*Artistas eminentes, sabios, inventores, ¡todos han pasado por el Índice!*

*Y juzgué la excomunión como uno de mis mayores méritos.*

*El P. Cervera me recompensó con holgura de todas las fatigas de la vida.*

\*\*\*

*Pero ahora el mismo obispo excomulga á un ministro de Azcárraga.*

*Cualquier español puede aspirar á ser excomulgado.*

*Mi amor propio padece.*

*¡Hay clases, señor obispo! ¡Hay clases!*

J. D.

## COSAS.

Ciertos niños góticos de la prensa se ocupan de la cuestión del «bigote», para burlarse de los camareros de café, que no quieren tener cara de picadores ni de curas.

Búrlense cuanto quieran esos señoritos, no podrán negar que el camarero que les sirve tiene derecho á llevar la cara con ó sin bigote.

Eso sí; nosotros, que creemos que el natural deseo de trocar la propina por un sueldo fijo puede justificar una huelga, no opinamos otro tanto del bigote.

Ni tampoco del tuteo, resultante de la propina, del no bigote y de la humildad camareril.

El tuteo desaparecerá en el momento que un camarero estrellé un servicio en la cabeza del gánzapiro que se atreva á tutearle.

Y si la víctima es un «reporter» de la clase de chistosos, no se habrá perdido nada.

Un periódico, que no nombramos, en primer lugar, porque no nos da la gana, y en segundo, porque no queremos hacerle el reclamo, comenta los 600 casos de vómito negro, que se han presentado en el balneario norte americano «Ocean Springs» y dice:

«Bueno es que los cerdos sepan lo que es vómito. Así perderán las ganas de ir á Cuba.»

Ese periódico, ¡mi que decir tiene! es de los católicos sin mácula de liberalismo.

¡Ah! ¡bárbaro! ¡zopenco!

¿Pero hasta cuándo habrá elefantes en España?

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Rogamos á los señores suscriptores y corresponsales, nos dispensen la demora que hayan podido notar en nuestras contestaciones, ocasionadas por el cambio de domicilio, que siempre produce alguna perturbación; asegurándoles que, desaparecida esta causa, serán atendidos sin pérdida de tiempo en cuanto tengan á bien exponernos.

*Gijón.*—C. de la C.—Se le remiten los 6 ejemplares del 19, y se toma nota del aumento. Los ejemplares del 9 se servirán en breve, pues se han acabado las existencias.

*Antas.*—A. M.—Se le envían los números 19 y 20 que pide.

*Bilbao.*—J. J.—Tomada nota del aumento.

*Castellón.*—F. S.—Se están preparando colecciones y se le enviarán pronto.

*Cuevas de Vera.*—P. P. N.—Se le envían los 6 ejemplares del 20. Tomada nota del aumento y se accede á su deseo.

*Linares.*—M. P.—Estamos conformes en que con poca propaganda podrá usted colocar 50 ejemplares semanales.

*Tarragona.*—M. B.—Hecho el aumento que pide en su carta.

*Zaragoza.*—A. P.—Se le aumenta el paquete á 25 ejemplares como decía.

*Alcoy.*—F. Ll. P.—Se continúa haciendo el envío. Concederemos la exclusiva al que mejor resultado nos dé.

*Alcoy.*—M. E.—Recibida su carta del 22. Demorando envío de los fondos no podemos conceder exclusiva á nadie.

*Cartagena.*—G. R.—Se le enviarán los 5 ejemplares; si necesitara más, los tiene el corresponsal en Cuatro Santos, 21 y Mayor. kiosco.

*La Unión.*—A. R.—Confiamos en su reconocida actividad, seguros de que ha de lograr una gran venta.

*Mataró.*—R. P.—Conforme con la suya, le mando los números, y creo que muy en breve ha de pedir usted más.

*New-York.*—A. del B.—Conforme con su carta, se le envía el periódico, rogándole nos proporcione corresponsal honrado y activo.

*Murcia.*—R. G. de la F.—Se le enviará el núm. 16 muy en breve, ahora no tenemos en esta Administración.

*Almería.*—T. B. S.—Se le mandan los números como desea.

EL ADMINISTRADOR.

## AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado á la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

## GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: LIBERTAD, 29

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	{ Trimestre.....	2	pesetas.
	{ Año.....	7	—
Provincias..	{ Trimestre.....	2,50	—
	{ Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar:	Año.....	15	—
Número suelto....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.